



—¡Chica, qué vergüenza! Ha dicho la modista que no me vuelve a hacer un vestido hasta que no la paguemos la factura.

—Y tu marido, ¿qué ha hecho?

Ayuntamiento de Madrid

—Ha escrito dándole las gracias.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 --).....	10,40 --
Año (52 --).....	20 --

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 --).....	12,40 --
Año (52 --).....	24 --

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 --
Año.....	32 --

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER y COMP.^A

Sea infalibles para la destrucción
de toda clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de junio

¡¡ Solución !!

Todo llega en el mundo, señores, todo llega y todo pasa: hasta las procesiones de Semana Santa, y como no es cosa de que nosotros dejemos de cumplir una ley, que es una ley, porque si no fuera ley dejaría de ser ley, ha llegado para nuestra casa el momento de fallar el gran concurso de junio, diciendo qué objeto con el que había encima de la mesa y que no dibujó el apelmazado de Sama para hacerles picar a ustedes.

Atención: Lo que había encima de la mesa, como ustedes pueden ver si miran, es

UN LIBRO DEL DOCTOR MARAÑON

Declarémoslo de una vez: ningún lector de BUEN HUMOR ha acertado con una solución exacta. ¿Vamos a declarar el concurso desierto de Sahara? El deber nos obliga, pero el corazón nos lo impide. ¿Qué hacer cuando uno se halla metido en un lío semejante?

Nosotros, después de no encontrar ninguna solución al concurso, sólo encontramos una solución a nuestro lío, a saber:

Trasladar las cien pesetas DEL MES DE JUNIO al concurso del MES DE AGOSTO, cuyas bases anunciamos en otro lugar de este número,

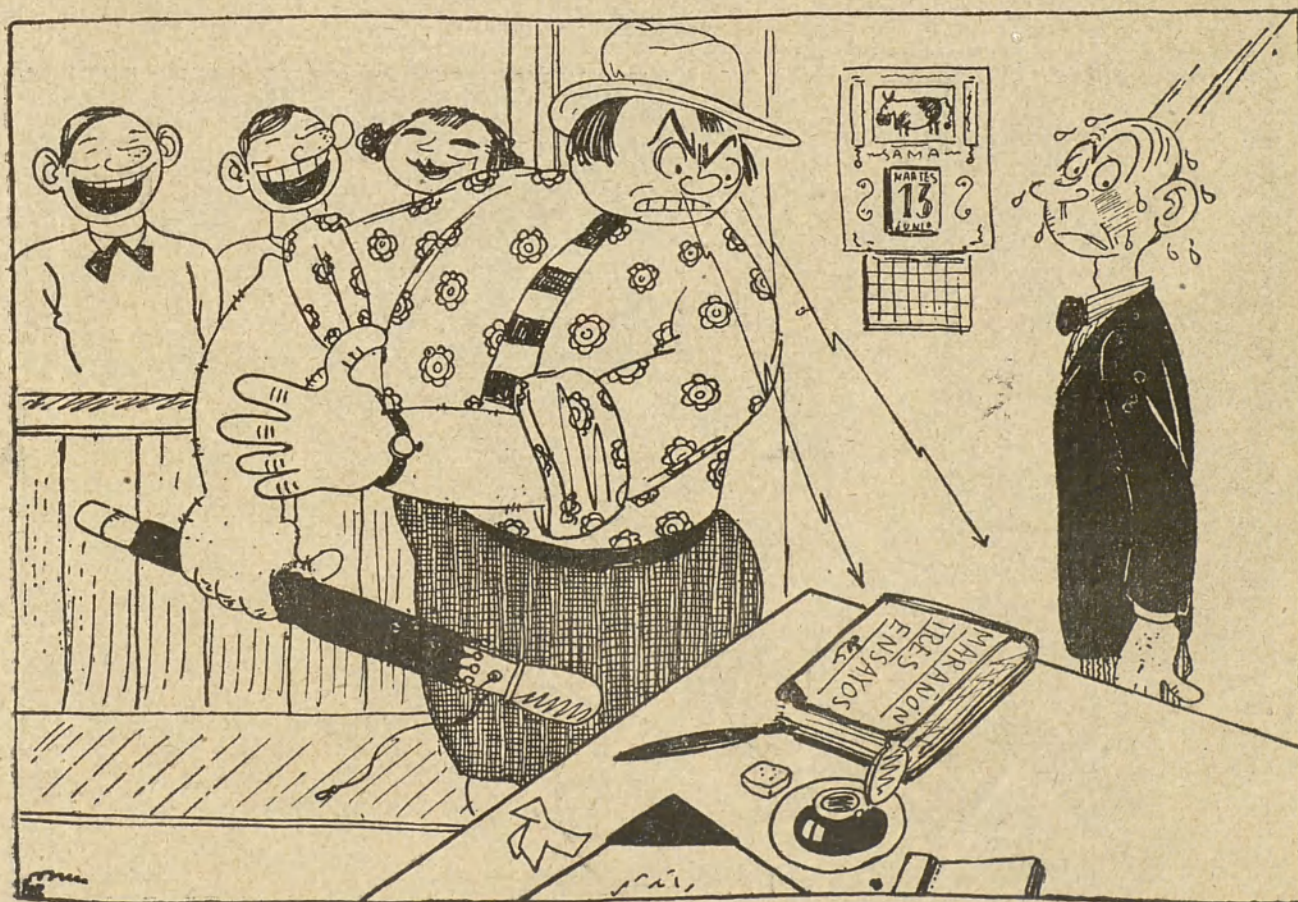
y de este modo los concursantes del mes de agosto, en lugar de optar a un solo premio, podrán optar a dos

MONSTRUOSOS PREMIOS DE CIENTO PESETAS

En fin: lo que se dice el caos en dinero.

Y ahora digan ustedes que nosotros no somos justos como una guayabera.

En el número próximo empezaremos a publicar las soluciones del mes de julio.

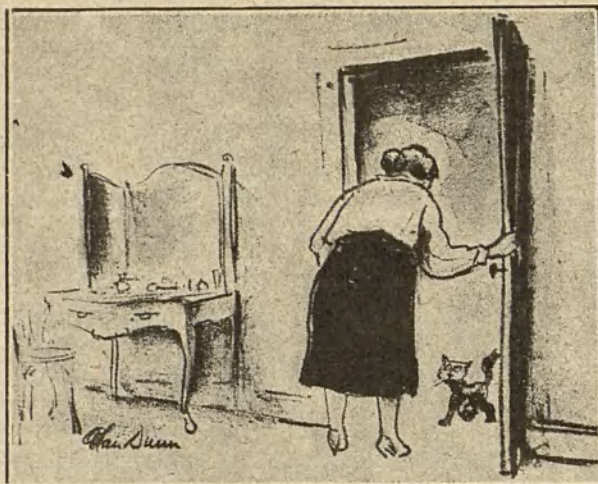


FELIX GOMEZ

CONDE DE ROMANONES, 3 Y 5
MADRID

Estos antiguos y prestigiosos almacenes, popularísimos en toda España, cuentan con enorme clientela, a la que venden a plazos en condiciones inmejorables de surtido, calidades y precios, dando las mayores facilidades de pago. En sus distintas secciones de muebles, tejidos, sastrería, zapatería, relojes, géneros de punto, etc., se encuentran siempre las últimas novedades de los más prácticos y recomendables artículos.

Cuanto tengan el buen gusto de visitar estos grandiosos almacenes quedarán satisfechísimos de su seriedad y facilidades para la venta.



—Anda, gatito, sal un momento, que me voy a vestir.
(Dunn en *The New Yorker*.)

LA CORDOBESA

Recomendamos con verdadero interés a nuestros lectores visiten la prestigiosa y popular sastrería "La Cordobesa", Corredera Alta, 19, y San Vicente, 5 y 7, propiedad de nuestro muy querido amigo don Diego R. Lorite.

Andrónico Díaz Zorita BENITO PELEGRÍN

Bravo Murillo, 90 triplicado

¿El mejor chocolate? El suyo.
¿El azúcar mejor? La suya.
Sus artículos son inmejorables y a ello es debido la fama de que goza.

Probad su café... "es lo suyo".

EL SIGLO XX

BRAVO MURILLO, 99

Almacén de tejidos y confecciones. Inmenso surtido en camisería, ropa blanca y géneros de punto.

Casa popular y prestigiosa.

José Guillamón

CALEFACCIONES

Instalaciones independientes

Sagasta, 7 duplicado

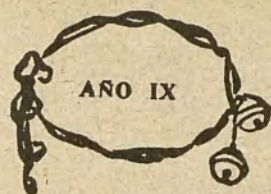
Teléfono 33875

VARON DANDY

EN FRICCIONES
como sedante de los nervios
y lenitivo del cansancio.

COMO PERFUME
su fragancia original es tan
hombruna, tan propiamente
varonil, que revela la exqui-
sitez y distinción del Caba-
llero que la usa.

Perfumería
Parena
Bacalona



LA MEDIA LENGUA

Para Pepito y Gasparcito.



—M lo como, señor Nicasio, me lo como a besos! ¡Es una gloria de hijo! ¡Qué me pasaría a mí, Virgen Santa, si me faltara esta alhaja!

—¡Sí que está hermoso, sí!

—¡Un rollo de manteca, y luego el pico que tiene!

—Pero, ¿habla ya?

—¡Lo dice to y son veinte meses!

—¡Pues es un fenómeno!

—¡Como que tiene una inteligencia esta criatura, que yo digo que va a ser algo muy grande!

—¡Concej! a lo mejor!

—¡Eso lo es cualquiera! ¡Más! ¡Dignidá eclesiástica, qué se yo! ¡Porque un niño que lo habla to cuando no levanta un palmo del suelo, dónde podrá llegar!

—Pero, ¿efectivamente habla este mico?

—¡Que sí, señor; que to lo habla,, que es una gloria de su madre! ¡Que está su padre con él que se le cae la baba!

—¡Hombre, si es así, la cosa no es para menos!

—¡Cotocó mae, cotocó!

—¿Lo está usted oyendo?

—¡Sí! ¿Pero qué ha dicho?

—¡Pues que por allí va un burro!

—¡Lo mismo podía ser un canónigo, vaya una gracia!

—¡No, señor; porque cotocó quié decir el trote!

—¡Ah, ya! ¡Con esa explicación!...

—¡Y como mae es madre y señala por allí con su dedito!... ¡Le digo a usted que pa comérselo!

—¿No será pasión?

—¿Pasión? ¡Ahora verá usted! Oye, Pancracianito, ¿quiés a este señor?

—¡Chucho, chucho!

—¡Eso es que ha visto un perro!

—¡Quiá, no, señor; si dice que mucho!

—¡Ah! ¡Y yo a ti, monín!

—¡Moquer, pachachecha!

—¡Ahora no hay tocino, galán!

—¿Pero eso es que pide tocino?

—¡Sí, señor!

—¡Será en checoslovaco!

—¡Mire usted: moquer quié decir comer, y pachachecha es lo que él le llama al tocino!

—¡Y además que lo pide saltando!

—¡Sin broma! ¿A que no sabe usted cómo les llama a las judías?

—¡No sé!

—¡Pum, pum!

—¡Hombre, eso sí que es gráfico!

—¡Exacto! ¡Si le digo que se saca to lo que habla!

—¡Usted, que tiene una gran disposición para las charadas!

—¿Quié usted que le cuente el cuento de la cabrita?

—¡A mí me es igual, me va a parecer que me cuenta el proceso de Sánchez Guerra!

—¡Pues si le oyera usted rezar el Padrenuestro!

—¡No lo entenderá ni Dios!

—¡Hombre, se come el "pan nuestro" y tropieza en "no nos dejes caer", pero lo demás como un papagayo!

—¡El cariño le ciega a usted, señá Tomasa!

—¡Que me ciega!

—¡Sí, señora. ¡El niño habla menos que un racionista!

—¡Que usted no se da maña pa comprenderle!

—¡Claro que a la interpretación de lenguas no pertenezco!

—¡No hace falta tanto pa entender a mi niño!

—¡Pararo, chocata, raro!

—¡Calla chico!

—¡Pipacho lalona!

—¡Que te corto la lengua, nerie!

—¡Pararo chocata!

—¡Que te doy en el culo!

—Pero, ¿qué dice ahora?

—¡Na! Que su padre tié la culpa, ¿sabe usted?

—¿Por qué?

—Porque es muy mal hablao y se le va la lengua delante de la criatura, y claro...

—¡Pipacho, lalona!

—¡Calla, niño!

—Déjele usted, si es igual!

¡Conque usted traduzca por pipos todos esos ajos, la gente se quedará tan tranquila!



Dib. SILENO.—Lourido.

ANTONIO PLAÑOL

SUCESOS DE LA SEMANA

DENUNCIA DE UN INDECOROSO TIMO.—En una de las Comisarias más populosas y frecuentadas de esta capital se ha presentado un pobre y estúpido ciudadano a denunciar que le habían timado ignominiosamente con un anuncio. Parece ser que el inconsciente caballero ha dado la fiambra de trescientas pesetas al anunciante bergante y tunante a cuenta de un empleo que el susodicho anunciador decía que iba a proporcionarle.

El comisario le demostró en el acto que era una sandez chinesca el soltar sesenta durazos por un empleo fantástico y algo pluscuamperfecto. Y le dijo más: ¡que le estaba muy bien empleado que no le hubiesen empleado, y que esos socios que anuncian tales raudales de felicidad lo único que emplean bien es el dinero que extraen a los idiotas propiciatorios de la calidad del compareciente!...

El cual, convencido de lo inútil de sus pesquisas, se retiró cabizbajo, prometiendo no volver a hacerlo más.

¡A ver si es verdad!

EXITO UNIVERSITARIO. — El popular financiero Casimiro Laparra ha terminado su carrera el otro día.

Escuetamente hemos dado la noticia, a la que, sin embargo, convendría la siguiente ampliación:

Casimiro se apoderó de una cartera con tres mil pesetas, acto de alta finanza que observó un probo agente policaco y que trató de castigar deteniendo al atrevido cuentacorrentista.

Este, percatado, echó a correr cual gano aficionado al *cross country*, y el noble policía emprendió la persecución de Laparra, que duró tres horas, a través de casi todas las calles, plazas y jardines que tiene Madrid.

Pero, a las tres horas y noventa y ocho minutos, el esforzado agente alcanzó a Casimiro y lo condujo a la inmediata y succulenta Comisaría.

Y véase cómo la noticia que damos al principio no puede ser más exacta: Casimiro Laparra terminó su carrera al ser detenido por el celosísimo funcionario.

Que, si le dejan, empieza otra. Estamos seguros, porque es un hombre estudioso hasta el colmo, de los que honran a un país, por grande que sea.

ACCIDENTE DE AUTOMOVIL.—

Viajando el otro día en un soberbio "Packard" de segunda mano, resultó con le-



—¿Y cómo fué el accidente?

—Volvíamos del banquete... Yo iba conduciendo... De repente, vi delante de mí tres automóviles, y choqué con el de en medio... Después supe que en vez de tres sólo había sido uno.

siones de importancia la distinguida esposa del diplomático Protasio del Pino (*née* Paquita Figuerola), a causa de una incandescente paliza que la propinó en el interior del coche su tierno esposo, y de la cual salió viva por milagro (es decir, que ha sido *née* otra vez).

Con este motivo se habla de un próximo divorcio, y nosotros estimamos justicadísimo el que la señora de Del Pino quiera separarse de su esposo.

Porque de un hombre que atiza de esa manera hay que separarse a la fuerza, y, por mucho que uno se separe, nunca está bastante seguro.

UNA INFAME SALVAJADA.—En una fábrica de cervezas titula la *La espuma de Saborit*, ocurrió ayer un suceso que demuestra el salvajismo nativo y sin motivo de muchos individuos que pasan por civilizados porque los demás pasan por ello.

Un pobre muchacho, aprendiz de cervecero en el referido establecimiento, tuvo una disculpable distracción al taponar mecánicamente una botella, y el tapón saltó, inutilizándose el casco y la cerveza que encerraba. Y sólo por esta futesa, el encargado Pedro Pas propinó al muchacho tan espantosa zurra que lo dejó maltrecho en un rincón y hubo de ser asistido facultativamente.

Y decimos nosotros que si, al primer tapón, zurra Pas, los Sindicatos obreros deben hacer que ese hombre sea depuesto de su cargo.

En una fábrica de cervezas no está bien hacerle un mal tercio a un muchacho indefenso.

Porque sería una razón para que no quieran servir chicos en esa cervecería. Y eso quizás sería fatal para la buena marcha del negocio.

BANDA DE FALSIFICADORES.—

En los sótanos de una casa de la calle de Jesús y María ha sido descubierta por la Policía una banda de falsificadores de billetes del Metro.

El ruido que metía la banda por las noches ha sido el que ha facilitado el descubrimiento.

Uno de los falsificadores, huyendo, se arrojó por una ventana y se fracturó tres costillas.

Las costillas, para colmo de ignominia, resultaron falsas también.

Dib. QUINCITO 0.15.—Tetuán.

ERNESTO POLO



Un mosquito (x).—Oye: a éste no se te ocurra picarle en las orejas. El otro día le picó mi hermano, y a las dos horas lo enterrábamos.

El otro.—¿Cómo es eso?

—Sí; es que oye todas las noches la radio.

Dib. Fuente.—Madrid.

LAS DONNAS INMOVILES

De mí, francamente,
Vicenta y Consuelo,
¿qué quieren lograr?;
¿que hoy sepa la gente
que tienen canguelo
y horror a viajar?

Pues bien; cuatro cosas
en letras de imprenta
me place decir:

“Hogaño, medrosas,
Consuelo y Vicenta
no quieren salir.”

Sin graves cuidados,
dejando la Elipa
del céfiro en pos,
los años pasados
a Valdelatripa
marchaban las dos.

Pescando allí truchas,
comiendo ciruelas
y aullando en francés
con bata y babuchas,
las dos damiselas
pasaban un mes.

Y hoy que les asustan
las revoluciones
(que no han de estallar),

de viajes no gustan,
ni de exposiciones
a no regresar.

Pensando a derechas,
quien no tenga tanto
valor como el Cid,
no debe a estas fechas
buscar su quebranto
dejando a Madrid.

A más de lo malo
que es lejos hallarse
sufriendo inquietud,
vivir sin regalo
y, en vez de aliviarse,
perder la salud,

¿qué gracia tendría,
¡oh, amigas sensatas!,
viajar a lo rey,
costando hoy en día
dos tristes patatas
lo mismo que un buey?

Aquí lo más feo,
si no las conviene
tomar el convoy,
es que ambas yo creo
que en cosas de higiene
no están bien por hoy,

y el líquido sano
sus mórbidos bustos
no va a remojar
¡hasta otro verano
que, libres de sustos
se lancen al mar!

Ya sabe la gente
que, por su canguelo,
con mucha razón,
el año presente
Vicenta y Consuelo
no harán excursión.

Aun cuando las olas,
o bien las paletas
las dejen de ver,
ni Marzos ni Molas
a que hoy se estén quietas
se van a oponer.

¿Que en busca de almejas
o a rústicas villas
van otras? Por mí...
¡que vayan las viejas...
y que las chiquillas
se queden aquí!

JUAN PEREZ ZUNIGA

EL VENDEDOR DE TORTUGAS

Al pasar por la plaza de Canalejas vi que un hombre, apoyado en una farola y sosteniendo un pequeño cajón, entre sus manos, sujeto al cuello por unas cuerdas, pregona en voz leve su mercancía.

—¡Tortugas! ¡Tortugas africanas!...

Lleno de curiosidad me acerqué y contemplé ocho o diez minúsculos quelonios que se movían perezosamente dentro de la caja.

Al aproximarme, el vendedor elevó sus ojos hacia mi y tímidamente me ofreció:

—Señorito; cómpreme una tortuga...

Nos reconocimos inmediatamente.

—¡Michón!... Pero, ¿eres tú?

Habíamos estudiado juntos el Bachillerato y hasta el segundo curso de Derecho. Requerido por su tío, que vivía en Colombia, partió, y transcurridos unos años, cuando yo lo creía en opulenta situación y viviendo en la hermosa República, he aquí que me lo encuentro por Madrid derrengado y vendiendo tortugas.

Habló al oído a otro vendedor ambulante y entramos en un café poco concurrido. Sobre una silla dejó su mercancía viviente, y adivinando en mi mirada los deseos de conocer su pasado, principió así:

—Ya ves cómo cambian los tiempos...

—Me tienes perplejo; me he acordado de ti muchas veces y te sospechaba en Colombia, dueño de alguna mina de rubíes.



—¡Qué! ¿Pudo usted vender, por fin, aquellos mil pares de zapatos a 10 pesetas?

—No. Los puse como saldo a 22,95 y me los quitaron de las manos.

Dib. CUESTA.—París.

—¡Colombia!... Aquella vida era insoportable. Mi tío traficaba en negocios de quina. Me pasaba semanas internado por los bosques para vigilar el trabajo de los indios. Ganaba buen sueldo, pero al año huí...

A mi padre lo habían trasladado a una capital de provincia. Mi tío, enfadadísimo por mi huida, nos retiró su protección, y me vine a Madrid por ver si conseguía un destino.

Tres años estériles, alguna colocación modestísima, nada; es decir, calamidades, hambre, angustias, desesperación.

Cruzaba un día la Castellana meditativo y abismado cuando de repente un automóvil me atropelló, arrastrándome unos metros.

Gritos, alaridos de las gentes que lo presenciaron, la Casa de Socorro, convalecencia, salida del Hospital, un aviso del dueño del automóvil para que me presentara en su casa, y entrega de 2.000 pesetas por renunciar a la acción judicial, declarando mi descuido y atolondramiento.

Este hecho me obligó a meditar. Había comido unos meses y en mi bolsillo tenía 2.000 pesetas. Vi claramente el negocio.

—No adivino—le interrumpí...

—Clarísimo—in s i s t i ó—. Dejándome atropellar una o dos veces al año estaba resuelto el gravísimo problema de mi existencia.

—¿Y llegaste a practicarlo?

—Con maravillosa destreza. Por un atropello de un "Rolls Royce" cobré 3.000 pesetas; de un "Hispano", 1.500 pesetas; de un "Oakland", 1.200 pesetas; de un "Chenard-Walcker", 1.000 pesetas; de un "Mercedes", 900 pesetas; de un "Cadillac", 850... En todas las Casas de Socorro de Madrid me han zurcido la piel.

—¡Asombroso!

—Pero quebró el negocio.

—¿Es posible?

—En la Cibeles. Bajaba un estupendo "Chrysler" por Alcalá a velocidad fantástica, y en la esquina de Recoletos, etoicamente, le aguardé con un periódico en la mano. Inicié el cruce, la bocina me avisó con estrépito, pero yo ya me había dejado tocar por la aleta guardabarros posterior.

La algarada consiguiente, el espanto del dueño, el estupor del chofer y la Casa de Socorro.

Al reconocerme el médico de guardia, lanzó un grito:

—¡Celso Michón, compañeros!... Aquí tenemos a Celso Michón, el perpetuo atropellado...

—Pero este tío tiene manía suicida —exclamó otro médico jovencito y con cara de idiota.

Me acababan de echar en la mesa de

operaciones para reconocermé y curarme una raspadura en la pierna izquierda, cuando apareció un jefe de Policía.

—Tú eres un sinvergüenza—me espetó sin consideración alguna a mi delicada situación y menguada salud—. ¿Lo oyes bien?—insistió.

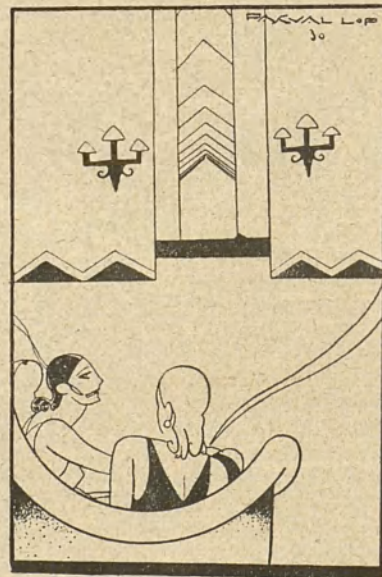
Ya lo creo que lo había oído, pero simulé un colapso. Mi colapso pasó cuando principió a largarme bofetadas. Y explicó a los médicos:

—Lo venía persiguiendo hace tiempo. Este canallita, a pesar de ese gesto de imbécil que ensaya ahora, tiene en un Banco de Madrid una cuenta corriente de 85.000 pesetas. Cada atropello le vale más de 1.000, y en el año que corre, según mis cuentas, llevadas con una escrupulosidad ejemplar, se ha dejado atropellar veintiséis veces.

Como me vi perdido aproveché aquella ocasión para evidenciarle lo desdichadas y ridículas que eran sus averiguaciones.

—Sus datos son falsos, señor—exclamé—. Según mis cuentas, en el año actual he sufrido 39 atropellos.

Casi me matan. Salí de la Casa de Socorro cojeando y ya desde aquella fecha, vigilado estrechamente, no me ha sido posible repetir mis golpes y he tenido que jubilarme en la profesión.



—¿Has reñido con tu novio?

—Sí, chica. Estaba inaguantable.

Figúrate: quería casarse conmigo.

Dib. PASCUAL.—Valencia.

Le escuchaba mudo de asombro.

—Pero ahora—agregó—gano más dinero que antes y expongo bastante menos.

—¿Qué dices?—prorrumpí levantándome de la mesa y tropezando con la caja de las tortugas, que fué a parar al suelo.

—Ahora tengo el negocio muy bien montado. Dispongo de seis hombres, a los que he instruido maravillosamente en este ejercicio. Llevo el 30 por 100 de comisión y yo me encargo de hacer los papeles de hermano, cuñado, etc., de la víctima para obtener de los dueños de los coches las mayores sumas posibles. Y para despistar a la policía vendo galápagos y visto de este modo desarrapado que contemplas. Pero dispongo de un capitalito decente y, de automóvil propio. Si quieres verme algún día por la tarde, de seis a nueve me tienes en el lugar que me has encontrado; pero si prefieres verme por la mañana, pásate por el Lyon d'Or, de once a una, y luego pasaremos un ratito en mi "Cadillac".

Mis labios se habían pegado de tal modo que no parecía sino que en su juntura hubiese caído un frasco de sindetición.

—Conque ¿qué te parece?—me preguntó.

—Entonces—le dije tímidamente—la mayor parte de los atropellos que leemos en la prensa y que tanto nos acongojan son falsos.

—Más que un duro sevillano. Los automóviles, excepto algún atropello de estúpidos ancianos o alocadas criaturas, no alcanzan a nadie sino a los hombres de mi banda. Cuando leas los periódicos, fíjate bien en dos detalles: edad del atropellado y marca del coche. El día que leas que un "Ford", un "taxi" o un camión ha aplastado a un hombre joven, vente a exigirme cinco mil duros; los pierdo a gusto.

Penetró en el establecimiento el vendedor ambulante a quien había hablado mi amigo Michón al ausentarse hacia el café.

—¡Señorito!

—Habla, este señor es de confianza.

—A Paco Robles lo ha atropellado un "Chenard-Walcker". Leve rozadura del brazo izquierdo.

—¡Cuánto vale este muchacho!

—Vamos a la Casa de Socorro y a entrevistarnos inmediatamente con el dueño.

Y dirigiéndose a mí:

—Perdona; hasta otro día. Nos han caído 1.000 pesetas. 30 por 100 de comisión... ¡Bah! Para mí 300 pesetejas.

Llamó al camarero y le echó un duro sobre la mesa.

—Para usted las vueltas.

Y se dejó la caja de tortugas olvidada en el establecimiento. Los pobres quelonios discurrían pausadamente por debajo de las sillas...

RAMIRO HERRERO



—¡Hazme caso, Marita!... Ahora voy a sentar la cabeza de una vez...

—¡Pues si la sientas de una vez, tendrás que sentarla en un sofá!

Dib. DEMETRIO.—Madrid.

COMPROMETIDO ESTOY

—Resignación, pues, y ya sabes—le dijo don Pantaleón, el cura de San Juan, al despedirse de Pepe Inasio, aquel coitao que acababa de quedar viudo hacía una hora nada más, al despedirse de él en su casa del segundo piso del cantón de Artecalle—. Resignación.

—¡Gracias!—contestó Pepe Inasio entre hipos y lágrimas—. ¡Gracias!

Y por no prolongar más aquella escena, que veía tan dolorosa para el viudo, don Pantaleón bajó las escaleras pensando en aquella pobre doña Gregoria que, buena, buena pa un decir, no era, porque un poco el tixtixiparra ya le gustaba, sí, y cuando tenía moscorra ya se sabía que muy enredadora era; pero a prestamista nadie le ganaba, ni en las Siete Calles, ni en Achuri, ni en todo Bilbao pueda que tampoco.

Por eso, aunque le cogieron en las bajas de las Bachis y hasta algo en el Crédito también, treinta mil duros y más le había dejado al buenaso de Pepe Inasio, que llorando como una criatura se quedó arriba.

Pensando en esto llegó don Pantaleón al portal y allí vió, esperándole, según le dijo, a doña Prudensia, la zapatera del cantón de enfrente, del de Somera de junto a la botica, que le espetó:

—¡Ay, don Panta! ¿Ya ha visto usted? Ese pobre Pepe Inasio.

—Sí, hija; llorando a todo llorar le he dejao arriba. Inconsolable está, inconsolable.

—¡No me diga, padre, no me diga! Pero, en fin, un favor grande tenía que pedirle yo a usted.

—Di, pues.

—De Pepe Inasio es.

—¿De Pepe Inasio?

—Sí; como ha enviudado, muy solo se va a quedar y...

—Sí, muy solo—asintió el cura sin sospechar el giro que iba a dar a la conversación doña Prudensia.

—He pensao que solo no está bien, y como hasta treinta mil duros le quedarán a él, y yo la sapatera enfrente tengo...

—¿Qué?

—Casar podíamos.

—¿Casar?

—Casar cristianamente, sí.

—Bien, bien; más adelante.

—No. Ahora mismo tiene que ser. Si no a lo mejor alguna se adelanta.

—¡Mujer, con el cuerpo presente de Gregoria!

—Con el cuerpo presente y todo. Algunas muy atrevidas son. Mejor ahora que nunca, créame, don Pantaleón.

—Bien, dile si quieres; pero en cuanto le veas lo triste que está, te arrepientes y no le dises nada.

—No, yo no. Gran sofoco pasaría. Usted se lo dirá por mí.

—¿Yo?

—Usted, sí. Hágame ese favor tan grande, don Pantaleón. Muy agradecida le quedaré.

—Imposible, hija, imposible. ¡Según está aquel hombre! Por las escaleras puede ser que me tirase.

—Suba, don Panta, suba. En cruz le pido si quiere.

Don Pantaleón, después de un cuarto de hora de discusión con doña Prudensia, volvió a subir las escaleras como cuando antes había ido a darle el

pésame a Pepe Inasio, sólo que ahora subía mucho más preocupado pensando en el disgusto grande, grande, que le iba a dar al pobre viudo, sólo con insinuarle lo que la zapatera pretendía.

—Como a un barragarri me manejan las beatas. Lo que quieren hacen de mí, lo que quieren—se iba diciendo el buen cura.

Llegó al segundo piso y tocó la aldaba.

—¡Adelante!—le dijeron.

Entró.

Más triste que la otra vez vió a Pepe Inasio, paseándose de una parte a otra del pasillo, echando por los ojos más lágrimas que el cedazo de un angulero.

Tan triste, que don Pantaleón estuvo tentado a marcharse sin decirle nada. Pero doña Prudensia en el portal estaba...

Se acercó al recién viudo, disculpándose:

—Yo, Pepe Inasio, no quería subir, pero terca se puso, terca.

Pepe Inasio callaba.

A don Pantaleón se le hizo un nudo en la garganta; tomó fuerzas para proseguir:

—Doña Prudensia, ya sabes quién te digo: la sapatera del cantón de enfrente.

Silencio de Pepe Inasio.

Claro—pensó el cura—, con el disgusto que tiene, ¿qué caso me va a haser? Pero en cuanto le diga, por las escaleras rodando me tira.

Y continuó:

—Mil veces y más le he dicho yo que no quería, pero mil veces y más me ha dicho ella que sí, y hasta que no me ha visto subir no ha parao. Intranquila en el portal está, esperando a que le baje yo la contestación. Casarse contigo quiere.

Aquí Pepe Inasio salió de su silencio y se puso a llorar y a hipar fuertemente.

Se asustó don Pantaleón, y le dijo:

—Ya sabía yo que una locura grande era. Pero se empeñó de tal manera... No hagas caso, pues. Como si nada te hubiera dicho.

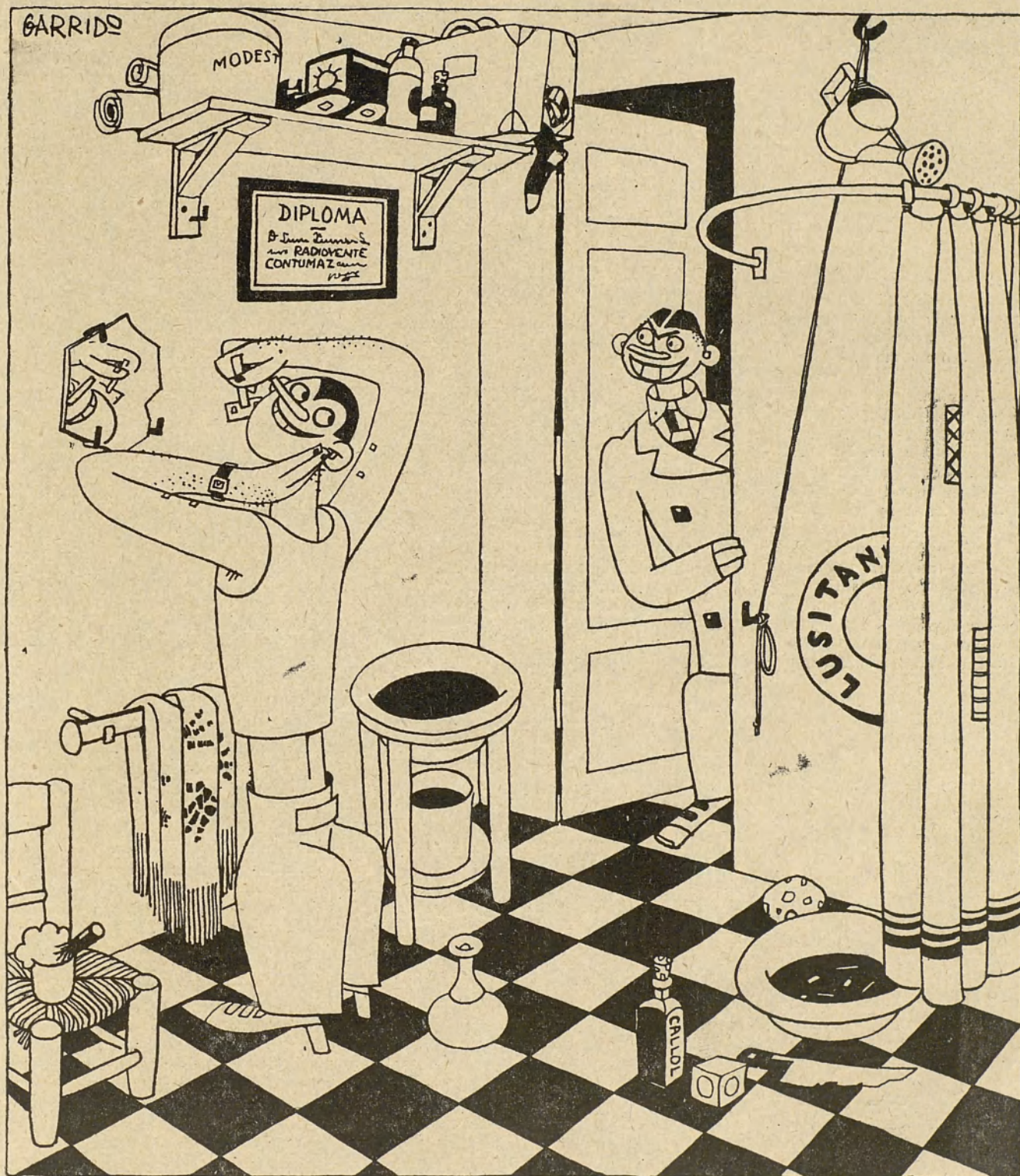
—¡Ay, don Panta! Mucho siento no poder aseptar, porque buen partido es. Dígame que muy a gusto me hubiera casao con ella. Pero mientras usted ha estao en el portal, la del tersero ha bajao a proponerme lo mismo, y que sí le he dicho... ¡Comprometido estoy!

—¡Chico, acabo de ver a una gitana! Me ha dicho que me vería "complicao" en un proceso, que iría a la cárcel y que moriría en ella.

—¡Arreal! ¿Y a eso le llaman la "buenaventura"?

Dib. DEL Rfo.—Barcelona.

LUIS ANTONIO DE VEGA.



- ¿Te afeitas con "Gillette"?
 —No; con "Toledo".
 —Pues mucho cuidado con el "tajo".

Dib. GARRIDO.—Madrid.

Anastasio y Emeterio, ¿o cuál de los dos?

PRIMER CUADRO DE UN SAINETE CON UN CHAPARRON DE REVISTA

Lugar de la acción: la taberna del SEÑOR ZACARÍAS, establecimiento situado allende la plaza Mayor.

PERSONAJES: El SEÑOR ANASTASIO, EMETERIO y el SEÑOR ZACARÍAS. Los tres naturales y vecinos de nuestra querida y coronada villa.

—Hola, señor Anastasio.
—¡Caramba! Si es Emeterio.
—¿Por dónde ha *estao* usted metido que hace días no le veo?
—¿Pero no sabes?
—Ni jota.
—Pues que le he *dao* gusto al cuerpo y me he *largao* un viajecito de recreo.
—Mu bien hecho.
—¿Ha ido usted con la costilla?
—Si es un viaje de recreo.
—¿La ha *dejao* usted en casa?
—¡A ver!
—¿Y en dónde ha sido el festejo?
—Pues chico, *pa* Barcelona he *tirao* como los buenos y he visto la Exposición, que es algo que te da miedo.
—Yo estuve en la de Sevilla.
—Eso es; la feria de un pueblo;

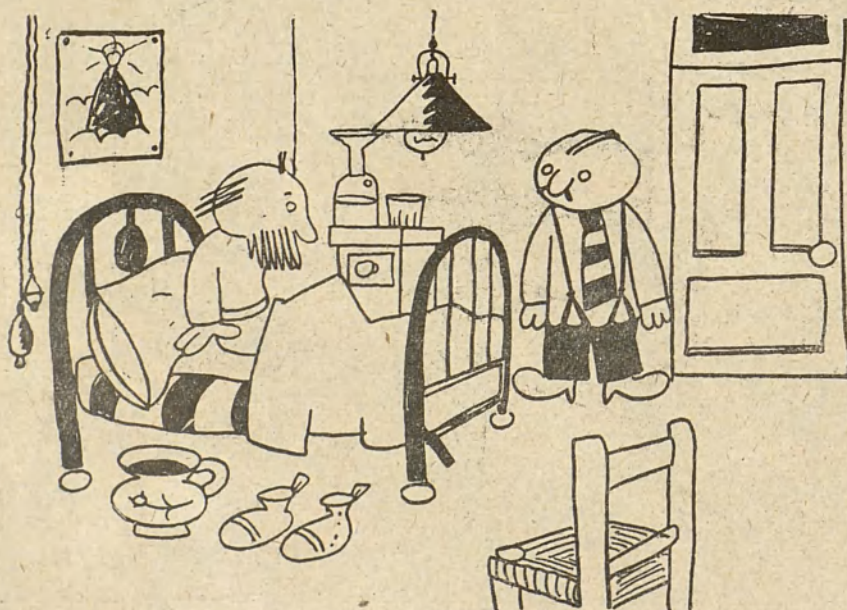
pa Exposición, Barcelona;
¡vaya palacios de mérito y vaya Pueblo Español y vaya cascada y juegos de luz y *funicular*!
¡Vaya parque de recreos y *restaurantes* de lujo y automóviles de esos que en las estaciones llevan los bultos de los viajeros, y que *aquí* llevan personas, bien con bultos o sin ellos!
—Verá usted, en la de Sevilla hay...
—¿*Quiés* callar? ¡So memo! Si sólo por ver las fuentes se *puén* pagar los dineros.
—En Sevilla hay también fuentes.
—¿Fuentes? Será el ex torero.
—Le digo a usted...
—Que te calles y *achanta* la mui.

—Yo creo...
—Tú crees lo que yo digo, que soy un *gachó* sabiendo. Comparar la Exposición de don Cambó con la *ibero-sevillana* es algo así como buscar el *efeto* de un charco con una fuente.
—No se ponga usted coplero y déjeme meter baza.
—¿Meter tú baza?
—La meto: que si no soy un Ossorio y Gallardo, un zopenco no me creo yo que sea; que aunque no he *pisao* un colegio de pago ni de los otros, sé muy bien lo que me pesco, y en Sevilla hay pabellones.
—Cuatro garitas de yeso.
—Y juegos de luz.

—Bengalas.

—Y cascadas.
—Arroyuelos.
—Y focos que son el sol.
—Farolillos de sereno.
—Y unos cuadros *antigüismos*.
—Pintaos por el del sombrero de paja.
—¡Y unos faroles!...
—La *verbe* de San Lorenzo.
—Pues ¿y la plaza de España? Esa es la obra de un genio. Mira que hacer en Sevilla en el siglo que corremos dos torres, pero ¡qué torres!, aquello es un monumento; si hasta la propia Giralda ha aplaudido al arquitecto, un tal señor don Aníbal que Dios ha *llamao* a su seno *pa* que le haga otras torres en el Reino de los Cielos.
—¿Has *acabao*?

—No, señor; tengo *pa* hablar un quinquenio; porque he visto unas casullas y unos cálices, ¡mi abuelo! Y unas corazas, ¡mi tía!
—Las sucursales del puesto del *Pastiri* en Curtidores.



—He pasado una noche atroz. Los insectos no me dejaron dormir.
—Echales alcohol, compadre.
—Sí, sí. Si serenos no los aguantó, ¡figúrate borrachos!

Dib. RABÁ.—Madrid.

No vale *too real* y medio.
Pero en cambio en Barcelona...
¡Vaya si es bonito aquello!
Hay un truco en una fuente,
que *paee* talmente fuego,
con unas bolas que saltan
y hay hasta chisporroteo.

—Pelotas de celuloide
que sirven *pa* dar el pego.

—Y un restaurante, "La Iberia".

—Ya sé *cualo*, un merendero.

—Y una cascada central.

—Sí, sí, una manga de riego.

—Y unas torres...

—*Pirulís*.

—¿Es que va a haber *pitorreo*?

—Es que le aplico la pena

del *Talón* y le devuelvo
chufia por chufia...

—¡La *órdiga*!

—¿Chufias a mí? Te degüello.
¡Que avisen a la parroquia
más cerca, los Sacramentos.

—Pues que traigan de la Casa
de Socorro, *toos* los médicos!

(El señor Anastasio se va como una
fiera hacia Emeterio dispuesto a conver-
tirle en embutido. Emeterio se apercibe
a la defensa dispuesto a dar a su con-
trincante un banquetazo de honor. El se-
ñor Zacarías, el tabernero, se interpone
entre uno y otro, impidiendo que lleguen
a las manos.)

—*Hai*ga paz entre dos ruines.

¿A qué ha venido el jaleo?

¡*Pa* que dos amigos quieran
desfigurarse el pellejo?

—Es que éste dice...

—¡A callar!

—Es que me ha dicho...

—¡Silencio!

que estoy *mu* bien *enterao*
de cuál ha sido el objeto
del motín y voy a ver
si nos ponemos de acuerdo.
Usted, señor Anastasio,
contésteme *usté* el primero:
¿Ha *estao* *usté* en la Exposición
de Sevilla?

—Ni por pienso.

—Y tú, ¿le has *echao* un vistazo
a Barcelona?

—Ni esto.

—¿Y sin conocer más que una
ca uno, tiran al suelo
ese par de maravillas
que ya *quisá* el extranjero
pa presumir un ratito
de *atración* de forasteros?
¡*Dita siá*! Si no mirara
que este es mi establecimiento,
con un *sifón* ahora mismo
les peinaba a lo Amadeo.

—Debo advertir...

—¿*Sonsoniche*!

—Voy a decir...

—Un momento,

que es un hombre el que está hablando,
y yo, *aunque* soy tabernero,
vi las dos Exposiciones,
y ahora diré mi criterio,
porque *pa* hablar de un asunto
hace falta conocerlo.
Si la de Sevilla es *super*,
la otra no es mucho menos;
pero *son* cosa distinta,
que *ca* una *tié* su género.
No sé quién dijo una cosa
que *tié* lo suyo por dentro;
que la una y la otra son,
un matrimonio completo,
y Barcelona es el hombre
y Sevilla el bello *seso*.

—Acá el señor Zacarías
habla como un libro abierto.

—Porque tengo *razocinio*.

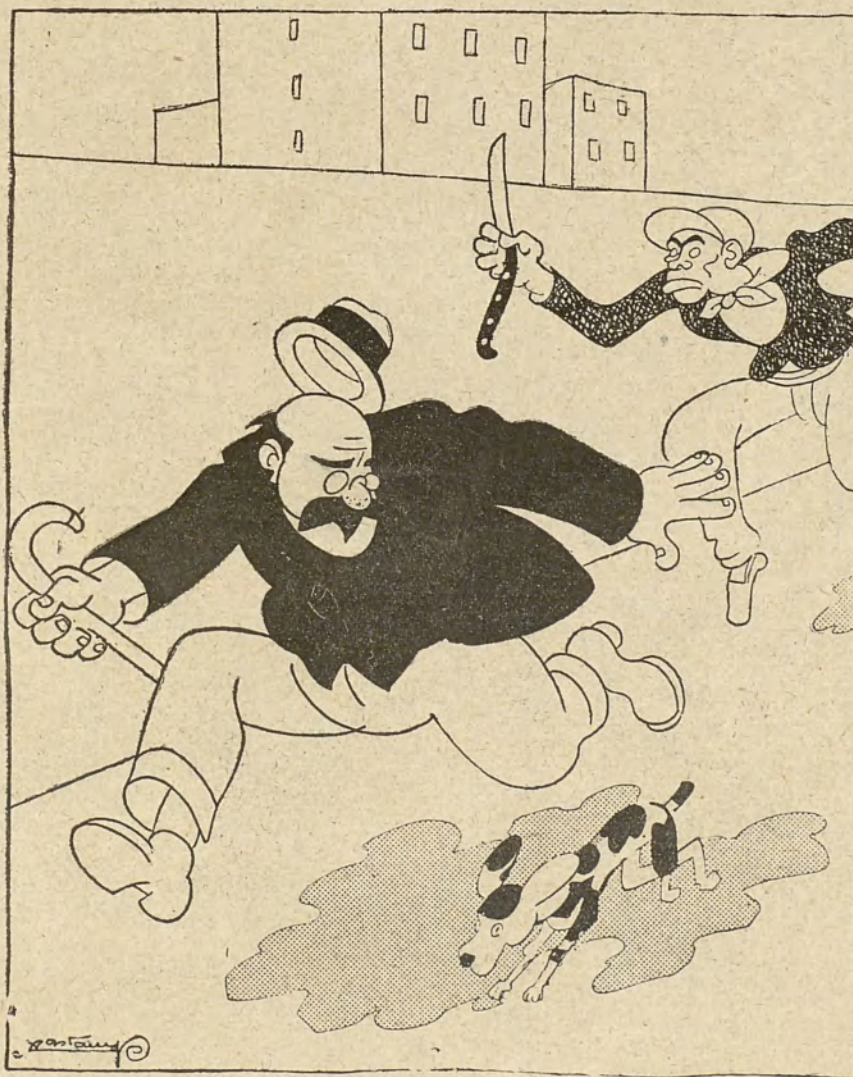
—Chóquela, que ha *estao* *usté* bueno.

—Y ahora lo que *tién* que hacer,
es juntar unos cuartejos
y ver la que no *haigan* visto.

Y si el día del regreso
no piensan igual que yo...,
mi palabra que no vuelvo
a echar una gota de agua
en el vino que yo vendo.

—La de Sevilla ha *cerrao*.

—Pues se le pide al Gobierno
que vuelva a abrirla otro rato,
pa que vea lo que es bueno.



—¡Si no tuviera las piernas ocupadas, menudo puntapié le daba a usted!

Dib. CASTANY.—Barcelona.

TORRES DEL ALAMO Y ASENJO

Dieciocho chistes viejos de médicos y enfermos, ilustrados por S A M A



—Tose usted mucho mejor que ayer.
—¡Claro! ¡Me he pasado toda la noche ensayando!



—Diga usted dos veces treinta y tres.
—¡Sesenta y seis!



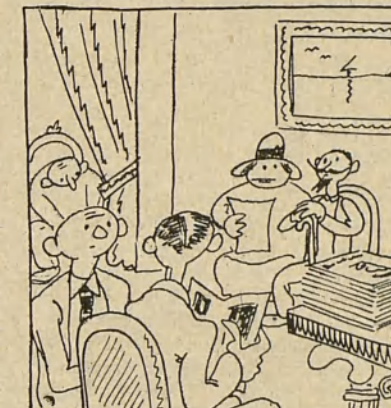
El médico.—¿Qué tal está?
El enfermo.—Para eso le he llamado. Para que me lo diga.



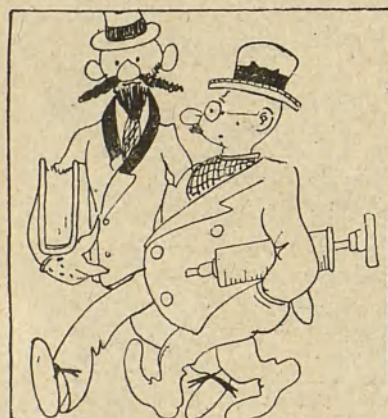
—En vista de que es imposible ponernos de acuerdo, propongo que nos sorteemos y hagamos cada uno la operación según su criterio.



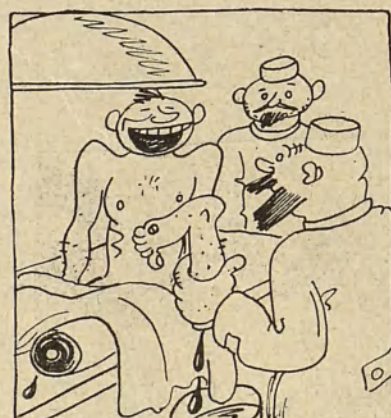
El médico.—Su señora no me gusta nada.
El marido.—Ni a mí tampoco, doctor.



—¿Y acertó tu médico lo que tenías?
—Casi. Llevaba veinte duros y me pidió quince.



—¿Ha sufrido usted alguna vez algún error de importancia?
—Sí, señor. Curé a un multimillonario en tres visitas.



El médico.—¿De qué se ríe usted?
El enfermo.—De la plancha que se han tirado. Me han cortado la pierna sana en lugar de la enferma.



—Le da usted una ducha cada media hora hasta la madrugada y ya verá cómo duerme toda la noche de un tirón.



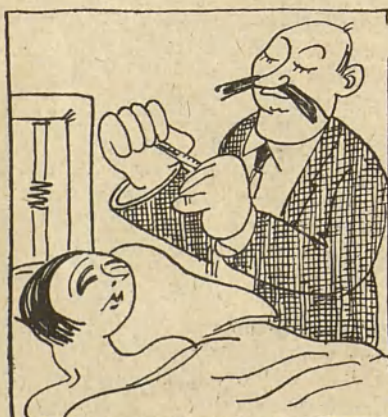
—Tiene usted una colibacilosis con síndrome hipertiroideo y amigdalitis simple que...
—¿Y eso que es, doctor?
—¡Cincuenta pesetas!



—Creo que será necesario hacer una pequeña operación.
—¿Cómo una pequeña operación? ¡Una gran operación! No olvide usted que el enfermo es millonario.



El médico.—Nada de vino, nada de teatro, cine y sitios cerrados; coma usted poco, esté muchas horas en la cama... y procure usted distraerse lo más posible.



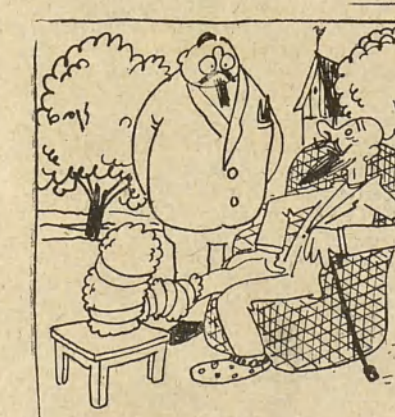
El doctor (mirando el termómetro).—Tiene treinta y ocho.
La enferma.—¡No, señor! Tengo veinticuatro cumplidos el catorce de abril.



—Hoy le encuentro peor. ¿Le hizo la cataplasma que le dije?
—Sí, señor; pero el muy cabezota no quiso comer más que la mitad.



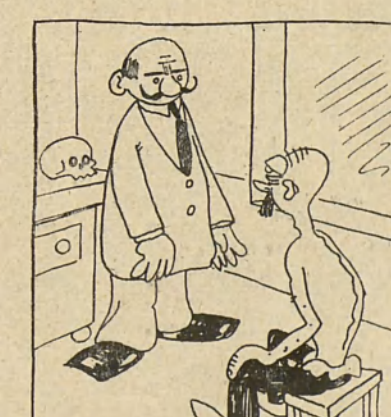
El médico joven.—Me acaba de decir el enfermo que tiene una confianza ciega en mí.
El médico viejo.—¿Y hace mucho tiempo que delira?



—Esto es un poco de reuma. ¡Pero esto no me preocupa!
—Tampoco me preocuparía a mí, doctor, si la pierna fuera suya.



—A los locos les damos duchas de agua hirviendo y luego los azotamos con toallas mojadas durante media hora.
—¿Y se curan muchos?
—Ninguno; pero por humanidad hay que hacer algo a los pobrecitos dementes.



—¿Cree usted, doctor, que vivirá cien años?
—¿Usted fuma?
—No, señor.
—¿Usted sale de noche?
—No, señor.
—¿Usted bebe?
—No, señor.
—Entonces, ¿para qué demonios quiere usted vivir cien años?

CRONICAS EN «MAILLOT»

(DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL)

Inicio esta serie de elegantes crónicas dedicando un cariñoso saludo a los hermanos del Niágara (baños de), esa raza de tritones desambientados, todo imaginación, teoría y barro. ¡Que Dios os libre, valerosos nautas, de caer os un día de lluvia en el Canalillo!

Primeras impresiones.—El mar.—Precisando.—Hace nueve horas que estoy aquí con pantalón blanco y unos formidables prismáticos. He recorrido las principales calles y mi cuaderno de notas rebosa atinadas observaciones. Repasemos. Sí: el pan, *pen*; el sí, *ui* (sin la g); la comisaría, *xendarmeri* (encanutando la x como al decir xulo); el tortazo, *cúp de gros men*. Perfectamente.

Ahora, antes de seguir, precisemos.

El mar..., ¿qué es el mar?

Del mar, como de la escalera de caracol y de la neurastenia, se han dado bastantes definiciones. En la imposibilidad de transcribir todas, porque para ello sería preciso que dispusiera de nueve artesas de tinta y porque después de trans-

critas ustedes se negarían categóricamente a su detenida e interesante lectura, les colocaré solamente algunas.

El mar es:

El único sitio del globo donde se puede fumar descaradamente en cachimba sin llamar la atención.

El parque ideal si hubiera más árboles.

Un tío muy salado.

Un pretexto hábil para construir barcos.

El *boudoir* de las estrellas (cuando las hay).

Un señor ancianito, ancianito que de cuando en cuando se pone muy nervioso porque la familia no le deja pasar una temporadita en Madrid.

Algunas cosas más.

Estas definiciones son lo que pudiéramos llamar definiciones esotéricas (¿cómo, cómo?). Además, hay la que hace un amigo nuestro de Cogolludo, de marcado carácter esotérico (¿otra vez?).

Dice nuestro corpulento amigo: "el

mar es... (aquí coloca los brazos muy extendidos y muy juntos y repite, apoyándose en la ese como en un roten) el mar essss... (en este instante separa las manos lenta, muy lentamente, cual si dijera "ora pro nobis" y las imprime un suave movimiento ondulatorio muy marinero que dura hasta que la articulación escapulo-humeral avisa, ¡bueno!, en que el hombre se para en seco y concluye essssss... ¡esto!" El mar es esto!

Esotérica. Ya lo advertí.

Pero resulta una cosa, que todos los mares, mírelos de frente o por la espalda, son distintos. Hay varias clases de mar (he podido muy bien aprovechar el retruécano de "la mar de mares", pero no quiero), existen diferentes ediciones del mar, del mar encuadrado que son las playas, ¿verdad, Gabriel? Pues esto es lo que nos interesa.

Tenemos la edición popular de Sempere (Valencia), la forrada con cretona para uso de las clases medias (Gijón y Alicante), la traducida del francés por Cadenas y Gutiérrez Roig con aprobación eclesiástica (San Sebastián), la de la editorial "Voluntad" (Santander), y la de lujo en papel japonés y *maillot* (Biarritz, Deauville..., etc.).

Y también, claro, las de Martínez Abades y Verdugo Landi. Estas, de la escala de tierra.

El mar de Biarritz.—¿Cómo es el mar de Biarritz? Nuestro amigo de Cogolludo lo definirá esotéricamente diciendo: "essss... ¡aaaasí", pero no basta. Y no basta porque todavía hay que llenar media cuartilla y es preciso decir algo más.

El mar de Biarritz es sencillamente el mar de la cultura y de la civilización. Un mar que si fumara fumaría "Gold Flake", y si fuera al teatro por la noche iría con "smoking" y una buena señora, y si comiera cangrejos los comería con tenedor.

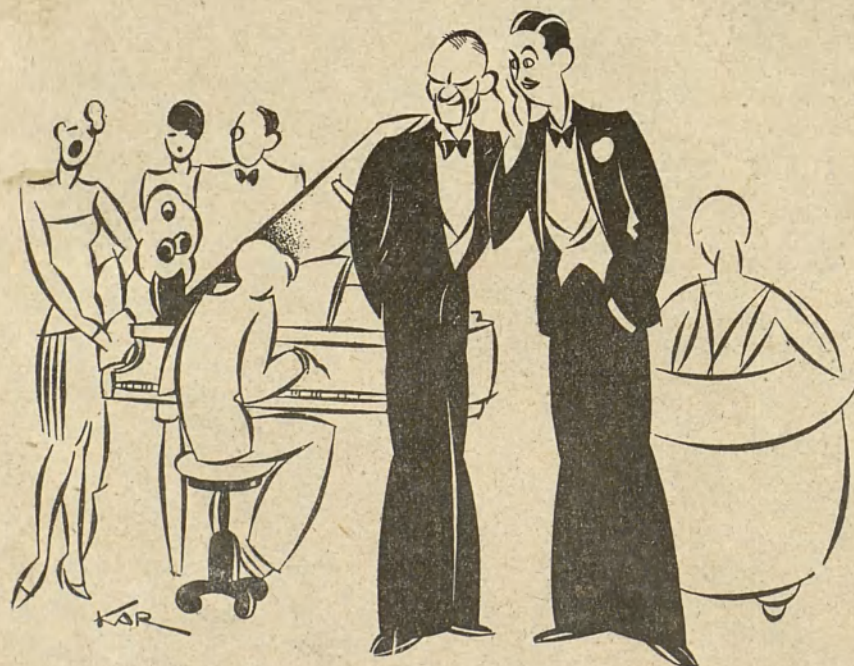
Queremos decir que el mar de Biarritz es un mar elegante, mundano, *chic*, que se sabe de memoria a Dekobra y a Morand. No es como el mar de Pontevedra, por ejemplo, que huele bárbaramente a sardina y a pescador añejo. El mar de Biarritz huele, desde por la mañana, a Coty.

Es un mar tan bueno, tan bueno, que hasta entran ganas de bañarse, vamos. Que es cuanto se puede decir por hoy, porque ya he llenado la media cuartillita y no estoy dispuesto a gastar ni una gota más de tinta.

¡Ah!, se me olvidaba. El mar de Biarritz es bastante húmedo. Esto sí, Manolo.

L. PIELTAIN

Biarritz, julio 1930.



—¿Le gusta cómo canta mi mujer?

—¿Eh? ¡No le oigo nada!

—(Por señas.) ¡Que si le gusta cómo canta mi mujer!

—¡Ah! Sí, señor. Una delicia.

Dib. KAR.—Valencia.

Jornada legal

I

El gerente de la Compañía, don Abundio, hallábase poco satisfecho del comportamiento del personal a sus órdenes. Creemos que el enojo del jefe estaba justificado. Los dependientes de aquella oficina desconocían en qué consiste esa cosa llamada puntualidad.

Todos los empleados presentábanse en el despacho con excesivo retraso. Claro que ninguno de los burócratas acordaba quedarse más tiempo en la oficina para compensar la pérdida. Sin duda, se atenían al sabio aforismo covachuelista: "Ya que no somos exactos al entrar, procede tener puntualidad para salir."

Los días laborables en que se celebraban corridas de toros o partidos de fútbol, los departamentos aparecían desierto.

Al objeto de poner coto a semejante desbarajuste, el gerente de la Compañía compró un reloj, en el que todos los dependientes tenían que picar una cartulina, donde quedaban marcadas las horas de llegada y partida de cada empleado.

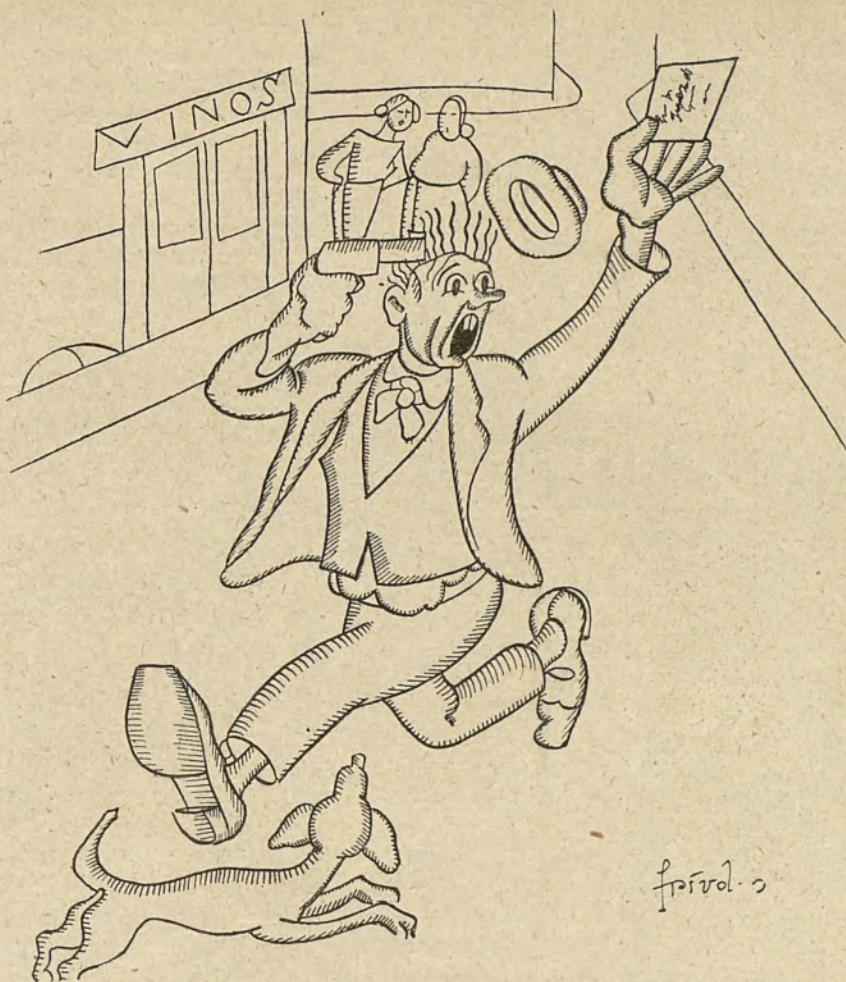
II

El nuevo sistema de trabajo produjo gran malestar entre el personal. Habitados los oficinistas a hacer su capricho respecto a puntualidad, les resultaba muy molesto el tener que entrar y salir a la hora justa.

Los jefes trataron de convencer a don Abundio, para que anulase la disposición reciente, alegando que con el anterior sistema de trabajo, todos los asuntos fueron siempre despachados sin retraso. Pero el gerente se mostró inmovible ante semejantes razonamientos. La réplica del director fué:

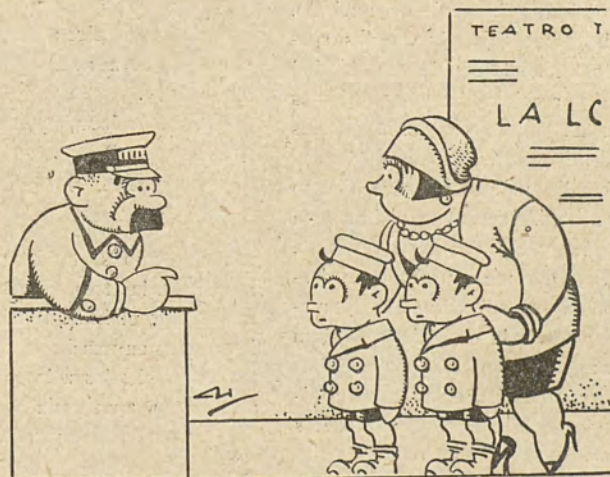
—¡Quiero exactitud! Una vez acostumbrados los dependientes, yo aseguro que el tiempo se les hará demasiado corto.

Don Abundio se encontraba muy satisfecho del nuevo procedimiento de traba-



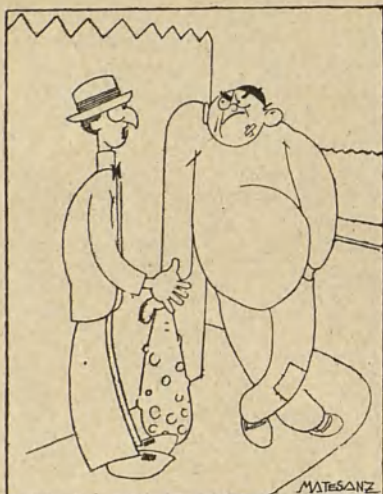
El suicida cobarde.—¡¡Socorro!! ¡Guardias! ¡Que me quiero matar!

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.



—¿Se ha fijado que son gemelos?
—¿Y eso qué tiene que ver para que no paguen entrada?
—Que nunca me han hecho pagar por llevar unos gemelos al teatro.

Dib. URDA.—Barcelona.



—Hombre, ¿y en qué se apoya usted para decirme a mí eso?

Dib. MATESANZ.—Madrid.

jar. Ahora, merced a la adquisición del reloj registrador, todos los burócratas cumplirían sin excusa la jornada legal.

III

Al no existir mucho trabajo, la permanencia rigurosa durante ocho horas dentro de la oficina se hacía insoportable para los empleados.

Los oficinistas recurrían a diversos procedimientos, con objeto de que la larga jornada resultase menos tediosa. Las dactilógrafas hacían copias a la máquina de los tangos y canciones en boga. Las señoritas del archivo entreteníanse efectuando labores de encaje al ganchillo. Algunos burócratas jugaban a las cartas o al dominó. El jefe de contabilidad dedicábase a escribir cuentos, artículos y novelas. El cajero componía poesías líricas y sentimentales.

Don Abundio hallábase breve tiempo en el despacho. A causa de visitar a la clientela, salía y entraba a su voluntad. La actitud del gerente causaba gran descontento entre sus subordinados. Numerosos miembros de la dependencia solían refunfuñar:

—Resulta muy fácil implantar un régimen severo, para luego no cumplirle. Los jefes, ¿no estaban obligados a darnos ejemplaridad?

IV

Como no podía menos de ocurrir, los empleados de la Compañía pronto dieron

con un procedimiento para no permanecer tantas horas en la oficina.

Sobornando al conserje, que era el funcionario encargado de dar cuerda al reloj registrador, los burócratas lograron del portero, mediante propina, que atrasara o adelantase las manillas del aparato, a diario, según las circunstancias.

A la entrada, el conserje hacía retroceder el reloj sesenta minutos. Así, presentándose los oficinistas a las diez y a las cuatro, quedaba señalado en las car-



—Eso que dices es verdad, pero no se lo digas a nadie porque dirán que estás loco.

—Estaré loco, pero ¿verdad que tengo razón?

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

tulinas como si hubiesen acudido a las nueve y a las tres, respectivamente. Para marcharse, el infiel funcionario avanzaba las agujas en una hora, saliendo, por tanto, los empleados a las doce y a las seis, aunque en apariencia figuraba como si partiesen a la una y a las siete.

Gracias a aquel truco, los burócratas justificaban ante el jefe su estancia en la oficina durante la jornada legal, asistiendo al despacho realmente tan sólo cuatro horas diarias. ¡Bello fraude de tiempo!

V

La estratégica combinación quedó implantada con carácter definitivo.

Los empleados de la Compañía picaban fielmente su cartón en todas las entradas y salidas. El desleal conserje adelantaba o atrasaba, según el momento, las agujas del reloj registrador.

Al gerente no le era fácil percatarse del truco, pues se detenía escaso tiempo en la oficina, atareado siempre en su labor de visitar a la clientela.

Por el contrario, mostrábase muy envejecido con la nueva organización, que él estimaba eminentemente útil. Cierta día, encontrándose en el despacho, don Abundio comunicó su contento al jefe de contabilidad, allí presente:

—Estoy muy satisfecho del nuevo sistema de trabajo. Ya se encalmó el mal-estar del personal. Nos hemos encarrilado. Con verdadero gozo, con gran alegría, veo que se cumple la jornada legal... Sinceramente, ¿a que ahora les resulta a los empleados muy corta la estancia en la oficina? Me hallo seguro que se les pasará el tiempo volando. Ya lo pronostiqué yo en un principio. Todo consiste en acostumbrarse.

LUIS ESTEBAN



—¡Pero hombre! ¿Qué te ha ocurrido?

—Pues que salimos en "auto" el "once" completo para jugar un partido de fútbol, y volcamos en el camino.

—¡Ah, vamos!... Que te caíste con "to" el equipo.

Dib. LICEBRA.—Murcia.

Constituyentes y Reconstituyentes

Hará cosa de un año hubimos de dedicar los meses de verano al estudio de los varios sistemas conocidos para la regeneración del cuerpo y del espíritu.

Entonces señalamos varios medios, sin relación los unos con los otros, pero conducente cualquiera a la reconstitución de la persona. La nueva arquitectura era uno de ellos, en cuanto tengan las casas ventanas por todos lados, entrará el aire y la luz, y los niños se criarán robustos y sanos, y por aquello del "mens" sana, la "mens" de los chiquillos será de primerísima. En cuanto la casa se reduzca a un solo cuarto, donde todo esté reunido—cocina, alcoba, comedor, despacho y sala—, no habrá ya que limpiar más que una habitación y no habrá que dar paseos del comedor al despacho, del despacho a la oficina: todo estará a mano, lo mismo el fogón que el piano; la señora de la casa podrá, sentada en su banquetta giratoria, estar tocando un tango milonguero y, sin más que girar en la banquetta, remover en la sartén el pisto que esté friéndose. Será tan simple todo en esta forma, que no habrá ya malhumores en el seno del hogar, seno, en la actualidad, de la muerte. Y la vida será, de este modo, una seda natural: de lo que ya no se cría...

Otro método magnífico para la regeneración de los hombres era el método Coué: repetir todos los días veinte veces: "Marcho bien, marchó muy bien, desde todos los puntos de vista"; eso basta, según Coué—que dejó de marchar bien y se murió hace año y medio—para que obre el inconsciente por sí solo, y marche la persona sin querer, sin poner atención ni voluntad, como quien escucha un pasodoble y es marchoso de suyo, y sale andando, poniéndose a compás sin darse cuenta.

Pues del año pasado a la fecha hemos descubierto otro método de sorprendente eficacia y de naturaleza sorprendente: el método Frumusan.

Tiene el sistema Frumusan nada menos que el propósito de rejuvenecer y de poner como nuevo a cada quisque. ¡Ni na, ni na, ni na!

Perder años, perder kilos, ganar esbeltez y fuerza, y sentirse otra persona más ligera, más ágil, más sana. Todo eso ¿de qué modo? Aquí lo gordo: ¡ayunando!

Quizá, dicho así, no sorprenda. Una nación católica debe de estar hecha al ayuno; y puede que los lectores se figuren que se trata de ese ayuno, que

consiste en hincharse al mediodía y tomarse unas verduras y un chocolate con pan frito por la noche, amén —y "benedicite"—de alguna que otra cosilla o bebidita entre horas.

No, señores; aquí se trata de estarse sin comer y sin beber, "absolutamente nada", uno, dos, tres, cuatro días; ocho, nueve, quince días; veinte, veinticinco días; veintiséis o treinta...



—Debe ser muy expuesto hacerle el amor a la mujer de otro.
—Peor es hacérselo a su viuda.

Dib. FOGUES.—Cuatro Vientos.

ta días...; ¡cuarenta y cincuenta días!...; a veces, ¡¡sesenta días!!...

Se puede, sí, señores, permanecer dos meses sin comer y sin beber alimentos. Dos ayunadores célebres, que estuvieron en sus urnas respectivas para ver cuál de los dos vencía al otro en la competencia del ayuno, lograron estar ambos sesenta y pico de días, siendo el pico del segundo tres o cuatro días más largo que el del otro.

¡La de cubiertos, cafeses, bocadillos, tenteempieses, anchoitas, chocolates, rajitas de salchichón y raciones de mojama que pudiéramos ahorrar-nos! Y ¡aun recalcitramos hasta el punto de tomar aperitivos!...

Pero detalleemos, detalleemos. La cosa no es para menos. El procedimiento mejor de resolver el problema de las subsistencias, ¿no será precisamente el suprimirlas? Y si, por añadidura, resulta que salimos con eso ganando, ¿no será maravilloso?... Pues resulta y lo es, ¡oh maravilla!...

Son tres las clases de ayuno que podemos practicar:

El ayuno compensador;

El ayuno terapéutico;

El ayuno regenerador.

El primero dura un día; nada más. Como algunas gentes limpias se bañan de cuando en cuando, pase lo que pase, debe igualmente todo el mundo lavarse interiormente. Para eso basta ayunar un solo día. La abstención compensa los excesos, y se queda el individuo como un reloj; como un reloj al que le dan cuerda semanalmente.

El segundo, el terapéutico, llamado también "ayuno Guelpa", en recuerdo de su inventor, según parece, dura cuatro o cinco días. No se toma alimento ninguno; se bebe agua de naranja o agua acidulada, y no sólo compensa y regula, como hace el anterior, sino que cura afecciones, trastornos del organismo, como el artrismo, por ejemplo, y esa otra enfermedad, origen de varios trastornos, que se conoce en general con el nombre de "cincuenta años" de edad, enfermedad que muchos no confiesan, pero que padecen, sin embargo.

Este ayuno tiene, además, una particularidad preciosísima: no sólo im-

pone el ayuno, riguroso y absoluto, sino que propina además un espléndido, un auténtico purgante. Es necesario, sí, que todos los depósitos salgan por todos los medios. El ayuno viene a ser como el sacar los muebles de las habitaciones el día de gran limpieza; pero, a más de dejar la habitación completamente vacía, son necesario la escoba y aun los zorros.

El tercer ayuno es mejor; éste ya opera prodigios; éste no sólo regula y no solamente cura, sino que rejuvenece, recompone, restaura, reconstituye. ¡Como que nos vuelve a los tiempos en que estábamos nosotros esperando la "subida de la leche", y no tomábamos más que alguna que otra cucharada de agua con anís, y no entraba más carne en nuestro cuerpo que el dedo que nos chupábamos!...

Lo cierto es que este sistema regenera y rejuvenece.

Este sistema es sencillo, puro y claro como una hipotenusa: usted ayuna y ayuna; usted insiste en la purga una, dos y hasta tres veces, y a los tres o cuatro días le desaparece el apetito y le aparece la euforia. "Euforia" quiere decir que usted se siente al pelo; euforia viene del griego, y viene en este caso no sabemos si de todo el organismo o de la idea sonriente de que la alimentación ha pasado a la categoría de las cosas secundarias y agradables, que podemos permitirnos si queremos—el dominó, el hurgarnos las narices, la historia de las Cortes Constituyentes—, pero de los cuales podemos prescindir sin que nos ocurra nada.

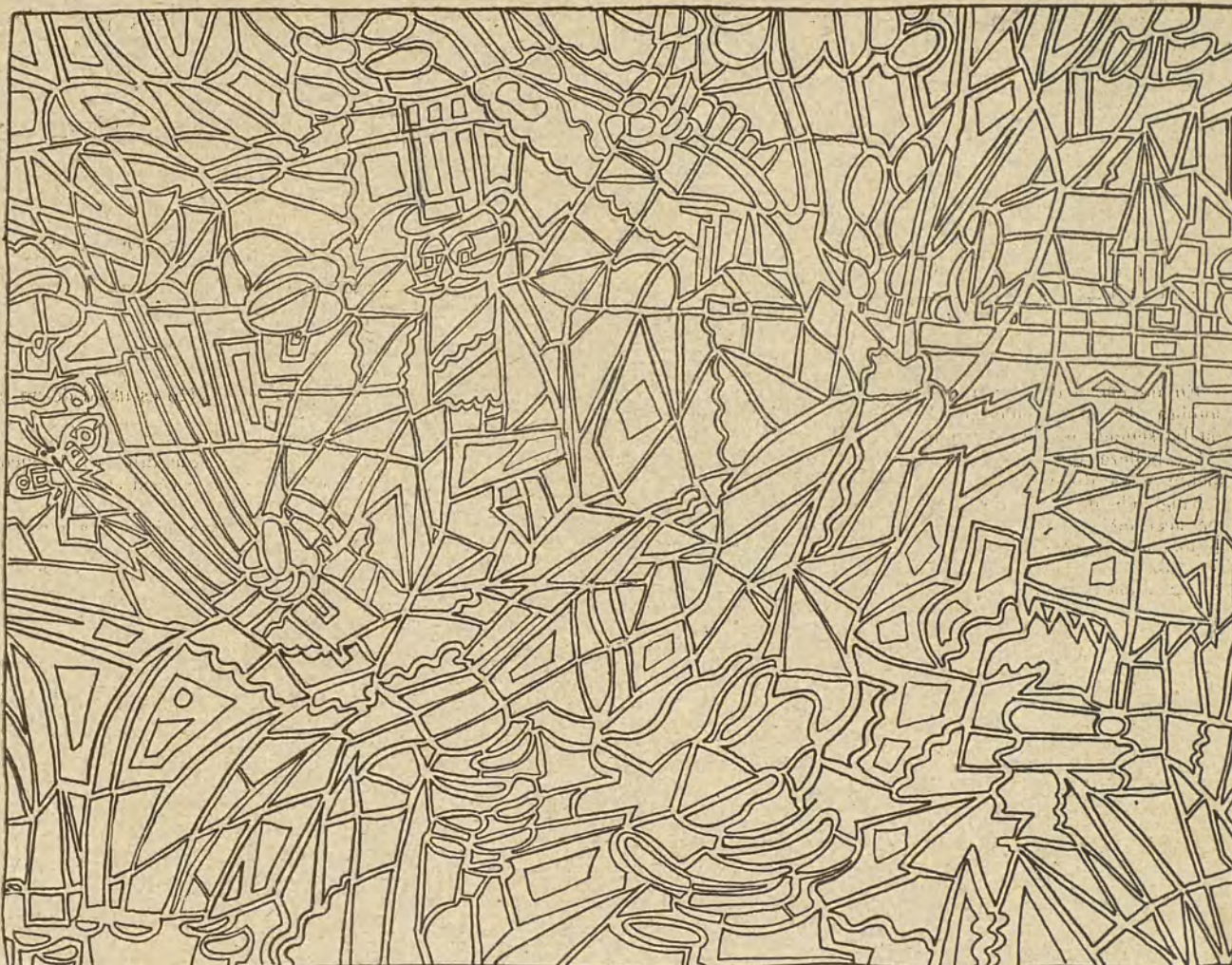
La falta de apetito dura, a veces, sus buenos veinte días, y aun cuarenta, y aun sesenta. La terminación del ayuno la indica el mismo apetito. Mientras éste no vuelva, se ayuna; es que el organismo está depurando responsabilidades y expulsando del territorio a los indeseables. En cuanto no queda ninguno, dice el apetito: "Nuevo régimen", o "Vuelta al régimen antiguo", que es en lo que consiste la novedad de los regímenes nuevos. Se pone en práctica entonces el régimen antiguo: el de comer lo que se quiera y chupar de todos los botes. El cuerpo del estado—o no, al revés: el estado del cuerpo—será admirable, ligero, lleno del bienestar de los convalecientes, porque se vuelve a la vida, y todas las funciones de la vida sentirán el benéfico influjo de los antedichos ayunos rejuvenecedores, y vitales por ser reconstituyentes. Y es que hay que desenganarse: donde haya Constituyentes y haya Reconstituyentes, ya todo está resuelto y la vida es una balsa. De aceite.



- Debo estar enferma. No tengo ni pizca de apetito.
- Ves a que te vea el doctor La Llave.
- ¿Me curará?
- Desde luego. Ya verás como La Llave te abre el apetito.

Dib. BRANDY.—París.

MANUEL ABRIL



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO

Y va de concurso...

Esta vez Sama estaba, por lo visto, con anginas cuando dibujó el concursito y ha decidido que nuestros adorados solucionistas se vean atacados por la espalda de meningitis al observarlo para maquinarse la solución.

Por lo demás, el que quiera matar a Sama que se pase por esta Redacción cualquier día laborable, de cuatro a ocho, que está amarrado en un sillón, a disposición del que ansie atizarle.

Y va de concurso (segunda vez). Se trata de lo siguiente:

En ese laberinto de rayas que encabeza estas líneas se oculta un dibujo; diremos más: se oculta una esce-

na campestre, cuyas verdaderas líneas han sido disimuladas por otras líneas superfluas a fin de establecer la debida confusión y que el dibujo no se advierta sino a fuerza de estudiarlo, mirarlo, remirarlo y darle vueltas.

El concursante tiene que coger un lápiz o una pluma, sentarse ante ese laberinto de rayas, adivinar por dónde van las líneas verdaderas, despreciar las líneas falsas y señalar con la pluma o el lapicero las primeras, hasta que el dibujo oculto resplandezca como un sol meridional o un pica-por-te recién frotado con gamuza.

Luego... lo de siempre, enviarnos el dibujo bajo sobre, con las señas correspondientes y un sello para que llegué, etc., etc.

Y para estos concursantes destinamos

¡¡DOS PREMIOS!!

de

¡¡CIEN PESETAS CADA UNO!!

¡Doscientas pesetazas dispuestas para ustedes!

¿Hay quien dé más?

No. No. No. No.

Si lo aciertan dos lectores, les arrearémos un billete de veinte duros a cada uno. Si lo aciertan más de dos, el correspondiente y socorrido sorteo...

El plazo de admisión de originales se cierra el 31 de agosto, a las dieciocho.

A ver si nos animamos, señores.



EL MEJICANO

por Arkady Averchenko

En un banco del jardín público, a la sombra de un corpulento tilo secular, estaba sentada una linda joven.

Su belleza me sorprendió agradablemente, y me detuve.

Fingiéndome una súbita y terrible fatiga, me acerqué, arrastrando los pies, como si me faltasen las fuerzas, y me senté a su lado.

Había decidido ponerme a hablar con ella de lo primero que se me ocurriese y hacerme amigo suyo.

Sus hermosos ojos, de largas pestañas, parecían absortos en la contemplación de las puntas de sus botitas.

Después de respirar a pleno pulmón, como si me dispusiera a tirarme de cabeza al mar, dije:

—¡No comprendo a esos mejicanos! ¿Por qué andan siempre a la greña? ¿Por qué se pasan la vida derribando gobiernos, matando presidentes y sustituyéndolos con otros? ¿Por qué vierten sin cesar torrentes de sangre? No acierto a explicármelo. Yo creo que todo ciudadano tiene derecho a una vida tranquila. Es un derecho elemental. ¿Verdad, señora?

Los hermosos ojos de largas pestañas miraron un instante a la senda fronteriza y se entregaron de nuevo al concienzudo estudio de las botitas de la joven.

Tras una breve pausa, añadí:

—Casi todos los días se libran en México sangrientas batallas. Yo creo que el pueblo no gana nada con eso. Es más,

creo que pierde. ¿No es usted de mi opinión, señora?

Silencio.

—Esta mujer—me dije—es de piedra. No hay modo de hacerla salir de su mutismo.

Levanté los ojos al cielo y murmuré, soñadoramente:

—¿Dónde estará ahora mi abuelita? ¿Qué hará? ¿Se acordará de mí?

Silencio. Los labios de la joven parecían sellados.

Entonces inquirí:

—¿Le molesta a usted el humo?

La joven despegó, por fin, los adorables labios, de los que brotó, breve y seca, la sílaba:

—¡No!

—A mí tampoco me hubiera molestado el humo de un buen cigarro; pero se me ha olvidado comprarlo. ¿Qué memoria, Dios mío! Es para desesperarse... ¿Este árbol es un tilo?

—Sí.

Estaba visto: sólo contestaba a las preguntas no retóricas.

—Gracias. La botánica es mi pasión. También me gusta la zoología... y la química... y la obstetricia... La Ciencia es el sol que ilumina las tinieblas de la vida...

Mi interlocutora—llamémosla así—parecía dormida.

—Hace mucho tiempo—proseguí—que no recibo carta de Moscú y estoy muy inquieto. No crea usted que hace una semana ni dos que no me escriben. ¿Hace tres meses...? ¿A qué lo achaca usted?

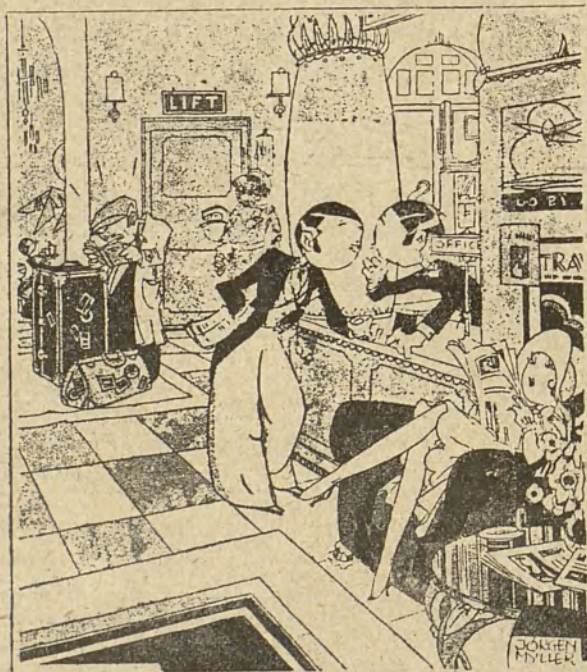
La joven debía de achacarlo a algo muy grave, porque no me contestó.

—Perdón, señora. ¿No es usted de Moscú?—le pregunté.

Volvió lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos lanzaban rayos.

—¡Oiga usted, caballero! Lo que me subleva no es la insolencia con que aborda usted a una mujer sola; desgraciadamente, eso es ya una costumbre casi consagrada por la tradición. Lo que me indigna es que se entregue usted tan dé lleno a ese deporte, que olvide, en poco tiempo, los rasgos fisonómicos de las mujeres a quienes aborda. Esa mala memoria es imperdonable.

—Señora...



El encargado del hotel.—¿No se ha indignado ese francés cuando ha examinado su cuenta?

El empleado.—No ha tenido tiempo aún. Ahora está buscando las palabras en el diccionario, y luego... ya veremos.

(De *The Passing Show*.)

—Hará unos tres meses, caballero, yendo yo a su lado de usted en un tranvía, empezó usted a hablarme del próximo eclipse de luna...

—¡Oh, la astronomía es mi debilidad! Flammarión...

—Yo fui tan tonta que le contesté, y... me acompañó usted a casa. Y ahora, en su frívolo, en su desmemoriado, en su estúpido donjuanismo, me toma usted por una mujer desconocida...

—¡Cuán feliz soy—exclamé, quitándome el sombrero—al ver que usted tampoco ha olvidado aquel memorable encuentro!

—¡Ah! Usted lo recordaba, ¿eh?

—¿Cómo no había de recordarlo? Su recuerdo quedó grabado para siempre en mi corazón. El fingir ahora que no la conocía a usted ha sido un ardid.

—¿Un ardid?

—Sí. He querido ver si se acordaba usted de mí... ¿Cómo ha podido usted pensar que la había olvidado? ¡Los momentos de felicidad, de dicha suprema, no se olvidan!... Penetré en el coche, a pesar de mi costumbre inveterada de viajar

en la plataforma, atraído por su belleza de usted. Iba usted a la izquierda...

—No, señor; a la derecha.

—A la derecha de la plataforma anterior; pero a la izquierda de la posterior. Llevaba usted sombrero, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¡Vaya que lo llevaba usted! Lo recuerdo muy bien. También recuerdo que un viajero le dió al cobrador un billete de cinco rublos para pagar el del tranvía, y el cobrador le devolvió, en monedas chicas y grandes, los cinco rublos, menos algunos copecks.

—¿Qué observador es usted!

—Recuerdo también que salimos por la portezuela anterior.

Mis recuerdos se agotaron. Callé.

La joven se levantó y me dijo:

—Si la tontería es un don del cielo, hay que convenir en que los dioses se han mostrado muy generosos con usted.

—¡Es usted muy amable!

—No le conozco a usted. No le he visto en mi vida. Lo del tranvía y lo del eclipse de luna ha sido un ardid.

—Un ardid, ¿para qué?

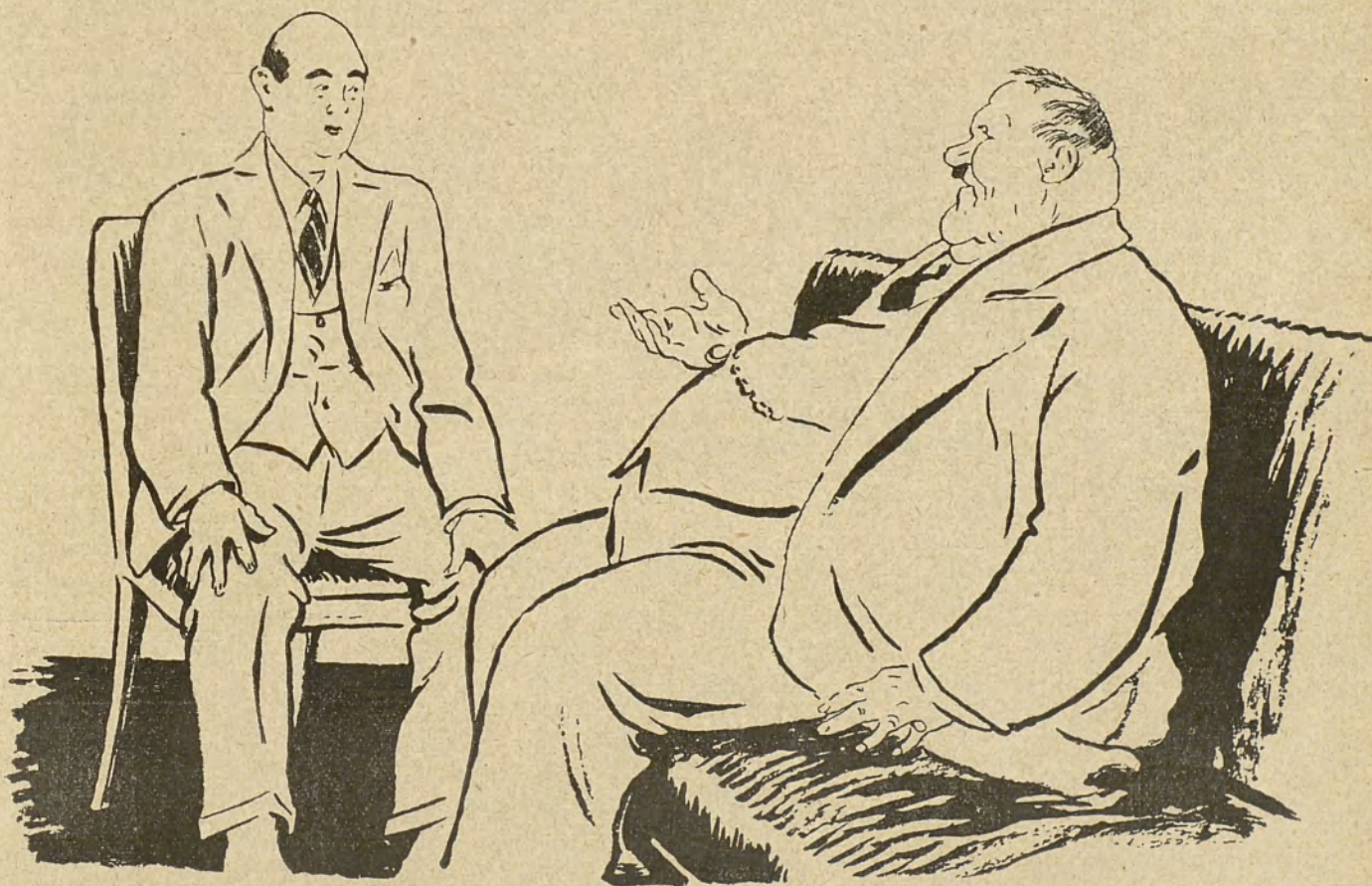
—Para convencerme de que las mujeres a quienes usted aborda y a veces conquista, porque algunas conquistará usted, no dejan rastro alguno en su corazón ni en su memoria. Para convencerme de que es usted un ridículo Don Juan callejero. ¡Adiós, señor mejicano! Siga usted entregado a sus meditaciones sobre los destinos de Méjico. ¡Y que su tontería le sea leve!

La joven se fué.

Yo permanecí un rato sentado; luego me levanté y me encaminé a la salida del jardín. Pero, a los veinte o treinta pasos, vi, sentada en un banco, debajo de otro tilo, a una joven con sombrero negro.

Fingiendo de nuevo un gran cansancio, tomé asiento, o, por mejor decir, casi me desplomé junto a ella. Y hablé de esta manera:

—Hay gentes que no creen en las ciencias ocultas. En mi sentir, tienen razón. Usted me dirá que es innegable la existencia en la Naturaleza de fuerzas misteriosas; pero yo me permitiré objetarle...



—¿Y dice usted que desea colocarse en este Banco?

—Sí, señor. Ya anteriormente estuve colocado en otro.

—¿Era usted el encargado de la limpieza?

—No, señor; de eso se encargó el cajero.

(De *Sondagsnisse-stris*.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente sobre y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—El mar tiene cosas espeluznantes. Paseando una vez por el puerto con un amigo, tuvo éste la desgracia de caerse al agua, donde comenzó a debatirse desesperadamente, pues no sabía nadar. Momentos de angustia. Pero, sobreponiéndome, pude al fin salvarle, advirtiéndote que tampoco yo sabía nadar.

—¡Qué bárbaro! ¿Y te lanzaste?

—Sí, a buscar una cuerda.
E. Lázaro (Valencia).

Colmos:

—¿El de un cirujano?
—Amputar las manos a una resma de papel.

ALBERTO Pulseras de pedida. 7. CARRETAS. 7

—¿El de un guardia?
—Llevar a la Comisaría a dos sellos por haberse pegado.
—¿El de un sujeto jorobado, tuerto, manco y cojo?
—Llamarse Perfecto.

Manuel Sáez Rubio
(Valencia).

—¿Cómo es que terminaste con la novia, cuando ya te ibas a casar?

—Porque mira si sería marrana, que tenía entre los dedos de las manos esas cosillas negras que todos tenemos entre los dedos de los pies.

Cédula núm. 539.896.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

El doctor.—Es necesario que deje usted todo trabajo de cabeza durante unas cuantas semanas.

El paciente.—Pero, doctor, si es mi manera de ganarme la vida.

El doctor.—¿Pues qué es usted?

El paciente.—Soy peluquero.

Milano (Algeciras).

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

Se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

En el confesionario:
El padre.—¿Dónde te has casado, hermana?
La penitente.—No lo sé, padre cura.
El padre.—¡Pero, hija mía!

¿Que no sabes en dónde te has casado?
La penitente.— ¡Ah, sí!... Creía que me preguntaba usted que por qué.
Enrique Soto y Soto.



—Mira, Carlitos: no te bañas mientras no te limpies esas manos, ¿sabes?...

(De London Opinion.)

En casa del médico:
—Doctor, dígame la verdad, por cruel que sea. ¿Me salvaré?

—Sí, hombre, no le quepa duda. Según las estadísticas, de los enfermos de su mal se salva uno por cada cien.

—¿Y qué?

—Nada; que usted es el que hace cien que yo trato... y aun no he salvado a ninguno.

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).

Viajan en el mismo vagón del tren una señora y un caballero. Este coloca su sombrero entre su asiento y el de la señora. Tantas veces lo hace, otras tantas lo quita la señora.

—Esto más parece manicomio que vagón de tren.

—¿Por qué, caballero?

—Porque yo "loco-loco" y usted "loquita".

Arsenio Vinagre (Madrid).

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS
ECONÓMICOS. CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO
Fuencarral, 68. — MADRID

A uno que tiene una suegra la mar de cariñosa:

—¡Caramba, Benítez! Quince días sin verte. ¿Alguna enfermedad?

—No, un escobazo.

Gerardo López.

Llega un individuo a un puesto de periódicos, y, al notar que el dueño está algo triste, le pregunta:

—¿Qué le pasa?

—Pues que se me ha acabado el BUEN HUMOR.

Gomero (Sevilla).

En la barbería:

El cliente.—Los periódicos que tiene usted aquí no tienen más que robos y crímenes.

El maestro.—Es que leyendo los periódicos se les ponen los pelos de punta a los marchantes y me cuesta menos trabajo pelarlos.

F. Alias (Sevilla).

En un cuartel, un general pasaba revista a sus soldados, y acercándose a uno de ellos, le interroga:

—¿Cómo te llamas?

—Martín, mi general.

—Vamos a ver, Martín, ¿qué es la patria?

—La patria... es..., por decirlo así..., mi madre...

—Muy bien—exclama el general.

Y felicitándole por su definición, se aleja, acercándose a otro próximo al primero, y le dice:

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Roque, mi general.

—Veamos, Roque, ¿qué es la patria?

—La patria..., la patria... es, sencillamente, la madre de Martín.

José Luis Zarandona (Bilbao).

Sempere y Oviedo

La primera casa de España en su género.

Exportación a provincias.

Glorieta de Cuatro Caminos.

Sucursal de Pontejos, 5.

Teléfono 31501

Con verdadero interés la recomendamos a nuestros lectores.

Disputaban varios vecinos en un pueblo, sin conseguir ponerse de acuerdo. Uno de ellos, deseando saber la opinión del cura, que estaba presente, le preguntó:

—¿Y usted qué dice, padre?

—¿Yo? Digo misa.

Labra (Jerez de la Frontera).

—¿Por qué solicita licencia de uso de armas, tantos enemigos tiene usted?

—Millares.

—¿Cuál es su profesión?

—Agente de matrimonios... Rodalito (Renedo).

En la tienda, comprando una cocina económica:

—¿Y cuánto vale esa cocina?



—Paciencia, señora; espere un segundo, que vamos ahora mismo a hacer funcionar la grúa...

(De The Humorist.)

—Cincuenta duros.

—¡Caramba, pues no me parece tan económica como dice usted!

Vicente de Castro (Canillejas).

—Pero ¿usted conoce al que le ha robado el automóvil?

—Sí, señor; lo conozco perfectamente.

JULIAN COBO

BRAVO MURILLO, 110

Esta prestigiosa casa en confecciones para señora y niños, camisería, ropa blanca y géneros de punto, puede competir en gusto, clase y precios con los principales establecimientos de su índole en Madrid.

—Entonces, ¿por qué no lo denuncia usted?

—Porque estoy esperando a que le ponga al auto cubiertas nuevas.

El licenciado San Román.

Unos recién casados visitan a un amigo de Madrid.

—He tenido mucho gusto en conocer a tu nueva esposa.

—¿Cómo nueva?

—¡Claro! ¿No la acabas de estrenar?

José Luis (Valladolid).

Colmos:

—¿El de un barbero?

—Afeitar el papel de barba.

—¿El de un torero?

—Asustarse de unas botas de becerro.

Fermín Gallardo (Madrid).

Hombres pesados:

—¿Querrás creer que tengo un tío que pesa 180 kilos?

—Pues mi hermano pesa mucho más.

—¿Tu hermano? ¿Quién es ese fenómeno?

—Juan, el que está en la estación pesando en la báscula.

Angel del Castillo.

A un restorán llegan tres amigos, piden la carta, y uno elige los huevos "a la portuguesa", otro "a lo turco" y

otro los pide simplemente fritos. Al servirlos, observan que los tres platos son idénticos y dicen:

—Yo los pedí "a la portuguesa"...

—Y yo "a lo turco"...

Y el camarero les contesta:

—Y se han servido como han dicho.

—Pero, hombre, ¿no ve usted que son fritos?

—¡Ah! ¿Pero es que creen que en Turquía y en Portugal no conocen también los huevos fritos?

Hércules (Enguera).

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

CUPON

correspondiente al núm. 453 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

M. F. Q. (Sevilla). — Tiene una "mala pata" tan apabullante y consternadora, que no hay manera humana de hacer nada en su favor. Optamos, por tanto, porque se quede inédito; y, dentro de cincuenta años, cuando usted haya perdido ya las ilusiones literarias, nos lo agradecerá con todo su envejecido corazón.

E. G. G. (Zaragoza). — Llegó..., lo leímos..., nos quedamos patidifusos...; lo volvimos a leer..., nos quedamos mucho peor que antes...; lo leímos de nuevo..., empezamos a sospechar que usted debe de estar un poquito mochaes..., y, al final de tan varias emociones, el artículo se fué al cesto, usted a la porra y nosotros a la cama (para que se nos aliviase el dolor de cabeza que el infame y oscuro mamotreto nos había producido).

Para cam sas a la medida
Madrid - Viena
M. PEÑA
— Montera, 41. — Tel. 16662

Lucas Cheste (Madrid).
El amigo Lucas Cheste nos ha enviado una crónica que es más mala que la peste bubónica.

G. R. S. (Valencia). — Es demasiado petulante y estruendosamente fúnebre para nuestro pizpireto semanario.

A. M. R. (Logroño). — Ilustre compañero: "Abichuela" se debe escribir con hache, y los artículos para BUEN HUMOR se deben escribir con gracia. Por esos dos horribles inconvenientes, se queda usted con un palmo de narices.

P. L. C. (Santander). — Nos alegramos de lo bien que está usted pasando el verano en esa montañosa capital; pero como a nuestros lectores no les iba la cosa a producir el loco regocijo que a nosotros, más vale que no se enteren. ¿No le parece?... Además, podrían, incluso, sentir envidia, y ¡para qué les vamos a dar ese disgusto sin necesidad!

B. D. N. (Barcelona).
Usted presume de vate, pero es usted un poeta

que, si hay alguien que le mate, [te, no hará ningún disparate ni tal vez se comprometa con tan criminal dislate...

¡Porque es que le absuelven en el acto! ¡Estamos rotundísimamente seguros de ello!

Bonó (Sevilla). — Quedan aceptados sus dos artículos. Tanto el de las corbatas como el del conferenciante han tenido el alto honor de cogerlos en un rato de paternal benevolencia.

G. I. (Madrid). — Se publicarán sus trabajos "Papanatismo multitulinario" y "Comodín y Compañía".

Punito (Jerez). — Sí, señor. Como usted suponía, hemos

recibido, por correo aparte, sus siete dibujos últimos. Ni que decir tiene que aprovecharemos algunos (los que a nosotros nos parezcan más graciosos) y que puede usted dormir tranquilo porque no se ha perdido ninguno, salvo los que no se publiquen, que éstos están completamente perdidos, sin que lo pueda remediar la sacratísima Providencia.

Nemesio (Madrid).
No nos gusta el adesio, escrito en forma villana, que nos remitió Nemesio un lunes por la mañana.

Pepe (Cádiz). — Puede usted enviar lo que le dé la gana, ¡no faltaba más!, aunque sea tan estúpido como lo que nos ha colocado últimamente. ¿Para qué tenemos aquí el cesto, sino para recibir con amistosa cordialidad a los buenos amigos como usted?...

F. P. A. (Calahorra). — A pesar de venir de Calahorra, no vale ni un pimiento.

Casto (Barcelona). — Lo que estuvo a punto de ocurrirle a usted en el autobús con esa joven de pantorrillas tan gordas, podía haber tenido gracia, sí, señor; no podemos dudar.

Pero, referido por usted, resulta que no la tiene.

¡Misterio tremebundo, que no nos sentimos con suficientes fuerzas para descifrar!



El mecánico. — Es un corto circuito.
La novicia. — Bueno; puede ponerlo más largo, ¿verdad?
(Henry en *The Sketch*.)



MARCA REGISTRADA

CANAS Sin teñir, desaparecen usando
BRILLANTINA INDIA
PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE
PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO
Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Ha podido haber un descarrilamiento... Figúrate que tu hermano se ha tirao al paso del exprés. ¡Con lo gordo que estaba!...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO.—Madrid.